EL TEATRO.—COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS
Y
ADMINISTRACION LIRICO-DRAMATICA

PARÍS, FIN DE SIGLO

COMEDIA SATÍRICA EN CUATRO ACTOS

ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

MARIANO PINA DOMÍNGUEZ

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
MADRID

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH
Pozas, 2, 2.°
EDUARDO HIDALGO
Cedaceros, 4, 2.°
1892

PARIS, FIN DE SIGLO

53912

PARÍS, FIN DE SIGLO

COMEDIA SATÍRICA EN CUATRO ACTOS

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

MARIANO PINA DOMÍNGUEZ

Estrenada en Madrid, en el TEATRO DE LA PRINCESA, el 19 de Diciembre de 1891.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1892

PERSONAJES		ACTORES
LA MARQUESA	Sra.	Tubau.
CLARA	»	Pino.
LA BARONESA	»	Alvarez.
BERTA	Srta.	Badillo.
ADRIANA	»	Ortíz.
EULALIA	»	Blanco.
UNA DONCELLA	»	Egea.
LA DAMA DEL COMPTOIR	Sra.	Badillo (M.)
ROSA	»	N. N.
CLEMENTINA	»	N. N.
ALFREDO	Sr.	Manini.
EL MARQUÉS	»	Vallés.
JORGE	»	Osuna.
ARTURO	»	Peña.
MIRANDOL	»	Manso.
RIVOLET	»	González.
EL DUQUE DE CASTELI	»	Gutiérrez.
JULIO	»	Vázquez.
ADRIÁN	»	Olona.
CRIADO 1.º	»	Calvo.
CRIADO 2.º	»	Bermúdez.
LACAYITO	»	N. N.

Esta obra es propiedad de D. CEFERINO PALENCIA Y D. MARIANO PINA DOMINGUEZ, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de las Galerías *El Teatro*, de D. Florencio Fiscowich, y la *Administación lírico-dramática*, de D. EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro por mitad de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

En el restaurant de Bignon. Mostrador á la izquierda primer término. Mesas servidas para comer: una en el centro de la escena, otra á la derecha. Reloj en el testero de la izquierda.

ESCENA PRIMERA

RIVOLET, ARTURO, ADRIAN (*maitre d'hotel.*) Varios CABALLEROS en diferentes mesas. LA SEÑORA DEL COMPTOIR, sentada detrás del mostrador. Rivolet y Arture en la mesa del centro.

RIV. ¿Ha pedido usted el almuerzo? (Lee un periódico.)

ART. No. Estoy medio dormido, y cuando estoy asi, sólo pienso en dormir. (Vuelve á quedar medio dormido.)

CABALL. ¡Mozo! Tome usted. (Paga.)

MOZO. Gracias, caballero.

RIV. (Dando un puñetazo sobre la mesa.) ¡Mil rayos!

ART. ¡Eh! ¿Quién me llama?

RIV. ¡Esto es indigno!

ART. ¿El qué?

RIV. Este artículo.

ART. ¡Bah! La culpa es de usted, que lee periódicos políticos. Yo no leo más que la Guía de ferrocarriles.

RIV. Bien hecho. Esa no cambia nunca de opinión. ¿Pero no vamos á almorzar hoy? ¡Eh!

ART. ¿Almorzamos ó no?

ADRIAN. Dispensen ustedes. Estaba apuntando el almuerzo del señor Duque de Casteli, que está allí en el otro salón. ¡Vaya! Pidan ustedes... Ostras, lenguado, salmón frío con salsa verde.

ART. No, no. Nada de pescado.

ADRIAN. Tortilla de riñones.

RIV. No. Nada de huevos.

ADRIAN. Solomillo con trufas.

ART. No. Nada de carne.

ADRIAN. Entonces...

ART. Mira, sírvenos lo que quieras.

RIV. Y á mí también.

ART. Pero muy asado. No tengo hambre.

ADRIAN. El señor Vizconde no se siente muy bien hoy por la mañana, ¿verdad?

ART. Me acosté á las ocho... Hubo en el Círculo una partida mónstruo. Yo perdí... hasta el bolsillo.

ADRIAN. ¡Já, já, já! (Se retira.)

RIV. Hombre, usted pierde siempre.

ART. Tengo mala sombra; pero ya llegará.

SEÑORA. (Toca el timbre y Adrián se acerca.) Dice el cocinero que se ha concluído el lenguado. No le ofrezca usted más.

ADRIAN. Cómo se conoce que es esta la primera vez que desempeña usted su cargo en el restaurant.

SEÑORA. ¿Por qué?

ADRIAN. Tenga usted presente una cosa. Cuando se acaba un plato, este es el primero que debe ofrecerse. El parroquiano no le acepta nunca. Ya lo sabe usted.

ART. Estoy seguro de ganar veinte mil francos en las carreras de mañana. Apostaré por Fra-Diávolo. Es un caballo que no pierde jamás.

ADRIAN. Dispense usted, señor Vizconde. Yo aposté por él la semana pasada y me costó el dinero.

ART. ¿De veras?

ADRIAN. Le aconsejo á usted que ponga por Gartibelza.
ART. Gracias. Seguiré ese consejo.

ESCENA II

DICHOS y ALFREDO, por la segunda de la derecha.

ALF. (Saliendo muy de prisa y sentándose en la mesa del centro.) ¡Pronto! ¡Adrián! Sírveme cualquier cosa... No me importa .. (Mirando el reloj del restaurant.) ¡Cáspita! ¡Las dos!
ADRIAN. No señor; no haga usted caso. Está parado.
ALF. ¡Ah, sí! ¡Nunca me acuerdo! Entonces me vas á dar...
ADRIAN. Lenguado, riquísimo.
ALF. ¡Quita de ahí! Una docena de ostras y pollo frio... ¡A escape!... (Viendo á Rivolet y Arturo.) ¡Calla! ¿Sois vosotros? ¿Qué tal?
RIV. Así, así.
ART. Bien, ¿y tú?
ALF. Pasando.
ART. (Á Rivolet.) Diga usted. ¿Quién es ese?
RIV. ¡Hombre! ¿Le tutea usted y me pregunta quién es?
ART. ¡Claro! Yo le tuteo, pero no le conozco.
RIV. Alfredo Merán... Vicepresidente del Círculo.
ART. ¡Ah! Sí. ¿Dónde diablo le he visto?
ALF. ¿Qué hay de nuevo?
ART. Nada. . Ni siquiera gané anoche.
ALF. ¡Pero chico, tú estás abonado á soltar el dinero!... (Viendo á Jorge, que acaba de entrar y que busca una mesa.) ¡Demonio! ¡Sí! ¡Es el mismo! ¡Jorge!
JORGE. ¡Alfredo! (Acercándose.)

ESCENA III

DICHOS y JORGE, por la segunda de la derecha.

ALF. ¿Tú por aquí? ¿Vienes solo?
JORGE. Ya lo ves.
ALF. Siéntate. Almorzarás conmigo.

JORGE. Con mucho gusto. (Se sienta.)

ADRIAN. Este caballero tomará pescado... Tenemos un lenguado riquísimo.

ALF. ¡Cómo! ¿Te atreves á ofrecer lenguado á un amigo íntimo? ¡Si no estoy aquí te lo encaja! ¿Qué quieres tomar?

JORGE. Cualquier cosa. Una chuleta.

ALF. Bueno.

ADRIAN. En seguida.

ALF. ¿Desde cuándo en París?

JORGE. Desde hace tres días.

ALF. ¿Sabes que no nos hemos visto... qué sé yo en cuánto tiempo?

JORGE. En diez años..

ALF. ¡Diez años! ¡Cómo pasa la vida! Pero díme: ¿qué has hecho en esos diez años?

JORGE. Nada. Vivir en mi país.

ALF. ¿En Normandía?

JORGE. No. En Bretaña.

ALF. ¡Justo! Nos conocimos en el colegio de Vannes. Tú ganabas todos los premios, por lo cual no gané nunca ninguno. Muy bonito país. Sólo tiene el defecto de hallarse situado lejos del boulevard.

JORGE. Pero la vida allí es muy dichosa.

ALF. Para los románticos como tú. ¡Oh, divina! Me parece que te estoy viendo. En un caserón viejo y destartalado. Rodeado de antiguos servidores... y de un perrazo enorme... ¡Já, já, já!

JORGE. ¡Calla, excéptico!

ART. ¡Pues señor, esto no se puede comer! ¡Adrián!

ADRIAN. Señor Vizconde...

ART. Tráeme una ración de lenguado.

ADRIAN. ¿Lenguado? no señor, de ningún modo. No seré yo quien dé lenguado al señor Vizconde.

ART. ¿Por qué?

ADRIAN. Porque... hoy está muy fresco y le haría daño. Voy á traerle á usted langosta.

ART. Eso es lo que siempre me sienta mal.

ADRIAN. Por lo mismo debe usted comerla. Á ver si se acostumbra el estómago.

ART. Bueno. Venga.

ADRIAN. En seguida.

ALF. Mira, hijito mío: cuando se llama uno como tú, Jorge de Kerjoel, y se posee una gran fortuna, no debe vivirse en Concarneau, ni en Plougastel, sino en París. ¿No te gusta París?

JORGE. No he formado opinión todavía.

ALF. Ya la formarás. ¿Vienes por mucho tiempo?

JORGE. Lo ignoro. Eso dependerá de las circunstancias. De todas maneras pasaré algunos meses.

ALF. ¡Magnífico! ¿Dónde vives?

JORGE. En Passy. He alquilado un hotel.

ALF. ¡Oh! muy lejos chico, muy lejos

JORGE. Me gusta mucho tener un jardinito.

ALF. ¿Un jardín? ¿Sin duda por los grandes árboles?...

JORGE. ¡Cabal!

ALF. Pero condenado, ¿no los tienes en el boulevard? Verdad que son raquíticos, pero no impiden que pase el sol. Así comprendo yo los árboles... ¡Ah! ¡El boulevard! Mira. Si me llevasen más allá de la plaza de la Opera, me asfixiaba. Yo amo el boulevard como tú la Bretaña. Con su ruído atronador, con su contínuo movimiento, con su infinita variedad de tipos, con sus cafés al aire libre, donde se asa uno en verano y se hiela en invierno; con todo, en fin, lo que tiene de exótico y encantador... Pero esa chuleta es muy mala... ¡Adrián! ¡Valiente almuerzo!

ADRIAN. Señorito...

ALF. Tráenos un buen trozo de aquel pastel trufado. (Señalando al mostrador.)

ADRIAN. ¿De aquel? Lo siento, señorito... Ya no hay.

ALF. ¿Cómo que no hay? ¡Si lo estoy viendo!

ADRIAN. Dispense usted. Ese último resto lo guardamos para el señor Duque de Casteli.

ALF. ¿Eh?

ADRIAN. Lo encargó expresamente. ¡Imposible! Lo encargó expresamente. (Marchándose.)

ALF. ¡Habrá goloso!

ESCENA IV

DICHOS y MIRANDOL, por la segunda de la derecha.

MIRAND. ¿Qué veo? ¡Arturo! ¡Rivolet!

RIV. ¡Amigo Mirandol!

MIRAND. ¡Alfredo!

ALF. ¡Canario! Hoy es día de los resucitados. ¿De dónde sale usted?

MIRAND. Estuve viajando tres años.

ART. ¿Es posible?

MIRAND. He dado la vuelta al mundo.

ART. ¡Qué pesado debe ser eso!

ALF. ¿Y por qué tal capricho?

MIRAND. Por variar. Verá usted. Yo... francamente... ustedes habrán observado que soy hombre corto de palabra, ¡vamos! de poca conversación. No se me ocurre nunca decir lo que dicen otros.

ALF. ¡Es verdad!

MIRAND. ¿Lo notaron ustedes?

ART. Hace tiempo.

MIRAND. Pues bien; yo me dije. Después de viajar, contaré mis viajes. Así tendré cuerda siempre

ALF. ¡Demonio!

MIRAND. ¡Oh! ¡Si vieran ustedes qué de aventuras! Ya les contaré á ustedes.

ALF. Luégo, luégo.

ART. Más tarde.

RIV. Sí. Mucho más tarde.

MIRAND. Ahora tampoco puedo. Almuerzo arriba con un matrimonio de Cochinchina... pero ya hablaremos.

ART. No hay prisa.

ALF. Ponga usted antes en orden todos sus recuerdos.

MIRAND. Adiós. Hasta la vista... ¡Qué de aventuras! ¡Me va á sobrar conversación ahora! (Vase por el foro.)

ART. ¡Cielo bendito! Si nadie podía sufrirle cuando no decía nada. ¡Qué será hoy, gran Dios!

ADRIAN. (Trae un plato á la mesa de Alfredo.) Aquí tienen ustedes.

ALF. ¿Qué es esto?

ADRIAN. El pastel de trufas.

ALF. ¡Hola! ¿Parece que sobró algo?

ADRIAN. No señor.

ALF. Entonces lo habías guardado para tí.

ADRIAN. Tampoco. Es el señor Duque de Casteli quien les obsequia á ustedes. Como le dije que querían ustedes este plato, se apresura á ofrecerlo.

ALF. ¡Oh! ¡Cuánta amabilidad! Bueno. Díle que acepto, pero con una condición. Que venga el Duque á comerlo con nosotros.

ADRIAN. Voy allá. (Sale por el foro.)

JORGE. ¿Quién es este Duque de Casteli?

ALF. Un italiano muy simpático. Me alegro mucho presentártelo.

ESCENA V

DICHOS y EL DUQUE DE CASTELI, por el foro.

DUQUE. ¿No seré indiscreto, querido amigo?

ALF. ¿Usted indiscreto? ¡Al contrario! Tenemos un placer especial en que nos honre usted. (Presentando á Jorge.) Uno de mis antiguos amigos. El conde Jorge de Kerjoel. El duque de Casteli.

JORGE. ¡Caballero!

DUQUE. (Sentándose.) ¡Caballero!

ALF. Aquí tienes un italiano parisién *pur sang*... En nuestra época, la primera condición para ser parisién es no haber nacido en París. ¡Gran fortuna! Sabe usar de ella con provecho. La tira por la ventana.

DUQUE. Con objeto de hacer felíz á quien la recoja.

ALF. El juego, los caballos, las obras de arte... ¡El Duque posee una soberbia galería de cuadros!

JORGE. ¡Oh!

ALF. Acaba de adquirir las Vendimiadoras del célebre Machín. ¡Qué quieres! Nosotros hubiésemos preferido guardar esa maravilla, pero la Francia es pobre... ¡Pues y en cuestión de mujeres! ¡Eso sobre todo, debe costarle á usted muy caro!

DUQUE. ¡Con ellas nunca ajusto la cuenta!

ALF. Ni ellas tampoco con usted. Hay que hacerlas justicia. ¿Creerás que el Duque ha instalado simultáneamente á Niní Babouche, Luisa Dubarry y Pepa Cassolette? Ya las conoces.

JORGE. No. Nunca han ido á Bretaña.

DUQUE. Diré á usted. Esas jóvenes recibían á muchos de mis amigos. Era preciso hacer algo en su obsequio.

ALF. ¿Y es siempre Nini la preferida?

DUQUE. ¡Oh! Hace mil años que no visito á ninguna. ¿Y usted?...

ALF. Yo... Pienso hacerlo ahora. ¡Como voy á casarme!

JORGE. ¿Te casas?

ALF. Sí. Luégo te contaré...

DUQUE. ¿Se casa usted? ¡Cáspita! ¡Qué va á decir Julia Fripier!

ALF. ¡Calle usted! ¡No me hable usted de Julia! (Volviéndose.) Tú, Arturo, ¿qué ha sido de Niní, de Luisa y de Pepa?

ART. No las he visto hace tiempo.

ADRIAN. Si los señores me permiten... (Acercándose.)

DUQUE. ¿Eh?

ADRIAN. Niní Babouche se marchó á Rusia. La Dubarry acaba de robar á un joven de buena familia, y la señorita Cassolette se ha retirado. Se casa con su notario.

TODOS. ¡Gracias!

ADRIAN. No hay por qué darlas. (Se retira.)

ALF. ¿Y ahora en qué secreto gabinete deja usted caer sus

peluconas? ¿En qué barrio de París da usted sus serenatas?

DUQUE. ¡Oh! Estoy seguro, amigos míos, que van ustedes á admirarse. Acabo de descubrir que las damas del gran mundo son todavía las más bonitas, las más elegantes...

ALF. Y las más alegres.

DUQUE. Por manera que me dedico á ellas.

ALF. ¡Sublime!

DUQUE. ¡Estamos en el crítico momento! ¡Cualquiera diría que una bancarrota general extiende su negro manto sobre esas criaturas angelicales! ¡Todas son devoradas por sus modistas!

ALF. ¡Oh! ¡Las modistas! Esa, esa es la langosta de los salones.

DUQUE. Por eso hallé el medio de favorecerlas.

ALF. ¿A las modistas?

DUQUE. ¡No! A las señoras. Verá usted; desde hace algún tiempo soy amigo de las principales modistas de París, y cuando alguna parroquiana se encuentra apuradísima para el pago de su cuenta, si la parroquiana es joven y bonita, yo satisfago el débito

ALF. ¡Ingenioso! ¡Cuando te dije que el Duque derrochaba noblemente su fortuna!

JORGE. ¡Sí! ¡Noblemente! Ya lo veo.

ALF. ¿Y quién es, en tan crítico instante, la duquesa á quien va usted á redimir?

DUQUE. ¡Oh! ¡Una mujer hechicera! Y nada vulgar. ¡Su débito es formidable, pero vale la pena!

ALF. ¡Bravísimo! ¡Anda! Cuenta en Bretaña todo esto, y se quedan estupefactos.

JORGE. (¡Nunca pude imaginarme mayor cinismo!)

ADRIAN. (A la señora del mostrador.) ¡La cuenta del ocho!

SEÑORA. (Escribiendo.) Ocho.

ADRIAN. Cubierto.

SEÑORA. Un franco. Ocho y uno, nueve.

ADRIAN. Vino.

SEÑORA. Seis francos. Nueve y seis, quince.

ADRIAN. Un filete á la *Champignón.*

SEÑORA. Cuatro francos. Cuatro y quince, diecinueve.

ADRIAN. Judías...

SEÑORA. Tres francos.

ADRIAN. Verdes.

SEÑORA. Cuatro francos. Diecinueve y cuatro, veintitrés. ¿No hay postres?

ADRIAN. No. Sin postres.

SEÑORA. Sin postres, tres francos. Veintitrés y tres, veintiséis. (Dándole la cuenta.) Tome usted. (Adrián entrega la cuenta al consumidor, que paga y se marcha.)

DUQUE. ¿Come usted en el círculo esta noche?

ALF. ¡Ya lo creo! Tenemos comida de recepción, y en mi calidad de vicepresidente... A propósito Tú te harás socio. No es posible vivir en París sin pertenecer á algún círculo. No sabría uno dónde meterse los días lluviosos. Desgraciadamente, ni el Duque ni yo podemos servirte de padrinos á causa de formar parte de la junta. Pero calla .. Arturo... Rivolet.

ART. (Levantándose.) ¿Qué ocurre?

ALF. (Preséntando á Jorge.) Jorge de Kerjoel. Un amigo de la infancia.

ART. y RIV. Caballero...

ALF. Que se muere de impaciencia por entrar en nuestro círculo.

JORGE. ¿Yo?... (A mí qué me importa.)

ALF. ¿Quieren ustedes hacerme el obsequio de servirle de padrinos.

RIV. Con mucho gusto.

ART. ¡Recomendándole tú!

ALF. (Presentando á los otros.) El Vizconde Arturo La Fauchette.

ART. Murciélago parisién. Yo duermo de día y velo de noche. Juego á todas horas y siempre pierdo. Si alguna vez le pido á usted dinero para una vaca, démelo sin esperanza de recobrarlo.

JORGE. (Dándole la mano.) Tengo sumo placer...

ALF. Teodoro Rivolet.

RIV. Yo no juego nunca; pero poseo otro defecto. Soy hombre irresoluto, incapáz de mantener mucho tiempo la misma idea. Tengo hoy una convicción y mañana ¡zás! otra. En vista de esto, me he dedicado á la política Además, la política está en mi sangre. Yo soy hijo del Conde de Rivolet, el célebre diputado monárquico que tanto ruído mueve diariamente.

JORGE. ¡Ah, sí! ¿Entonces será usted candidato monárquico?

RIV. No señor. Radical. Así no me confunden con mi padre.

ALF. ¡Justo!

RIV. Ahora precisamente me presento á la diputación por la Baja Garona.

JORGE. ¿Y espera usted triunfar?

RIV. Seguramente. Y ya que hablamos de esto. ¿Sabe usted, Alfredo, que me tiene disgustadísimo la conducta de su futuro suegro el senador?

ALF. ¿Por qué causa?

RIV. Me está haciendo en su periódico una guerra infame. Hoy ó mañana pienso ir á decírselo.

ALF. Apruebo la idea.

RIV. De todos modos, caballero, los dos estamos á su disposicion. (A Jorge.)

JORGE. Mil gracias. (Sale un lacayito con una carta.)

ADRIAN. ¡Hola! El lacayito de Carolina.

LAC. (A Adrián.) Para el señor Duque de Casteli. (Vase. Adrián da la carta al Duque.)

ALF. ¡Hola, hola! ¡Misivas misteriosas! Alguna modista que manda la cuenta.

DUQUE. No. Todavía no. Se trata de esa dama...

ALF. ¡Pues! De la que hablábamos antes...

DUQUE. Y con permiso de ustedes voy á... (Levantándose)

ALF. Vaya usted. Vaya usted en seguida.

DUQUE. (A Jorge.) He tenido mucho gusto en conocer á usted.

JORGE. Gracias.

DUQUE. Ya nos veremos. Adiós, señores. (Mirando el reloj del restaurant.) ¡Demonio! ¡Las dos! (Vase rápidamente.)

RIV. (Lo mismo.) ¿Las dos? Corro á mi comité electoral.

ART. ¿Las dos? Voy á acostarme.

ART. y RIV. ¡Señores! (Vanse todos por la segunda de la derecha.)

ESCENA VI

ALFREDO y JORGE

Al fondo del salón, dos ó tres clientes leen periódicos ó escriben. Los demás se han marchado poco á poco.

ALF. ¿Las dos? ¡Qué disparate! Esos aturdidos no reparan nunca que el reloj del restaurant está parado. Los relojes de un buen restaurant no andan jamás.

JORGE. ¿Por qué no lo has dicho?

ALF. ¿Yo? Pues si estaba deseando que se marchasen para charlar un rato contigo. Siéntate.

JORGE. ¿Sabes, mi querido Alfredo, que desde hace poco me parece que estoy soñando?

ALF. ¿Por qué?

JORGE. Por todo cuanto me rodea.

ALF. En Bretaña se vive de otro modo, ¿no es verdad?

JORGE. París me aturde, me enloquece.

ALF. Quien lo abandona como tú por espacio de diez años, siente al regresar esa impresión vivísima. Hasta aclimatarse otra vez, por supuesto. Ya verás. Por lo pronto has empezado á adquirir buenas relaciones. Arturo, Rivolet, el Duque de Casteli...

JORGE Este último me ha chocado mucho. Eso de emplear su tiempo visitando á las modistas de fama para hacer conquistas en el gran mundo ..

ALF. El medio es original.

JORGE. Pero infame.

ALF. ¡Bah! París no se apercibe.

JORGE. Bueno. Hablemos de tí. ¿Conque te casas?

ALF. Cabal. Ya era tiempo. Voy siendo viejo, y hay que cuidarse. Me caso con la señorita Berta de Boisy Godet, hija única del Senador monárquico ó republicano; no lo sé, ni él tampoco, por supuesto.

JORGE. ¿Es bonita?

ALF. ¿Quién?

JORGE. Tu futura.

ALF. Dicen que sí.

JORGE. ¿Cómo? ¿No la conoces?

ALF. Todavía no. Pero ya la conoceré. ¡Está uno tan ocupado en París! Y luégo la chica no ha salido nunca de su convento. Mi futura suegra se olvida siempre de traerla á casa. La boda se arregló entre las familias. Se tanteó la fortuna, se aceptaron los abolengos... en fin, se convino todo.

JORGE. Y vosotros en tanto sin conoceros siquiera.

ALF. ¿Para qué? Eso es lo menos importante. Ya verás qué suegra.

JORGE. Vieja y gruñona. Me la figuro.

ALF. ¡Quiá! Al contrario. Apenas tiene treinta y dos años. Se casó muy joven, y parece más joven qne cuando se casó.

JORGE. ¡Hola!

ALF. Viva, alegre, distraida siempre. Piensa en mil cosas, y nunca sabe lo que piensa. Presidenta de todas las juntas benéficas. Protectora de los artistas. Una joya. Un verdadero hallazgo.

JORGE. Y díme: ¿amas á tu novia?

ALF. ¡Pchst! La amo... como se ama lo desconocido. Un amor... curioso. ¡Oh! El matrimonio es asunto serio. No se casa uno por divertirse. ¿Crees tú que si estutuviese enamorado me atrevería á casarme? ¡Qué locura!

JORGE. Díme. ¿Y quién es esa Julia Fripier, de quien te hablaba hace poco el Duque?

ALF. ¡Mi punto negro! Una mujer graciosísima, á quien habia confiado momentáneamente mi afecto y mis

economías. ¡Preciosa muchacha! ¡Y me adora! ¡Créete que me adora!

JORGE. ¿Te lo dice ella?

ALF. No. Su madre.

JORGE. ¿Su madre?

ALF. Una antigua bailarina... ó actríz, ¡qué se yo! El hecho es que Julia no sabe todavía una palabra de mi boda; que desde hace un mes voy á su casa diariamente decidido á contárselo todo y á terminar con ella, pero que nunca me atrevo ni á terminar ni á contárselo. Y aquí me tienes verdaderamente desesperado.

JORGE. ¿Temes que esa... individua promueva algún escándalo?

ALF. ¡Quién sabe!

JORGE. Consecuencia de tu conducta ligera. De tu vida desordenada. No me sucederá eso á mí cuando me case.

ALF. ¿Cómo? ¿Te casas también?

JORGE. Quizás.

ALF. ¡Seguro! Tienes facha de marido por todas partes.

JORGE. No bromees, que el asunto es serio.

ALF. Dispensa. Es verdad. Tú debes estar enamorado. En Bretaña no hay nada que hacer.

JORGE. Si he vuelto á París, sólo ha sido por verla de nuevo.

ALF. ¿Hace mucho tiempo que no la has visto?

JORGE. Cuatro años.

ALF. ¿Y la quieres todavía?

JORGE. ¡La querré siempre!

ALF. ¡Qué hombres tan raros cría la provincia! Díme una cosa. ¿La conozco?

JORGE. Sin duda. Es mi prima Clara.

ALF. ¿Tu prima? ¿La viuda de Chancenay? ¿Pero por qué demonio la dejaste casar con otro?

JORGE Porque nunca me atreví á confesarle mi cariño. El día que decidí hacerlo empezó ella por anunciarme su boda.

ALF. Con Chancenay. Cien mil libras de renta y poca salud. ¡Partido excelente!

JORGE. Una vez casada se trasladó á París, y yo permanecí en Bretaña con mis recuerdos.

ALF. ¡Bonito alimento!

JORGE. Pero desde hace un año volvió á quedar libre, y hoy regreso á París henchido de amor y de esperanzas.

ALF. ¿Y has visto ya á tu prima?

JORGE. No tal. Nunca se halla en casa.

ALF. Justo. Su vida ha cambiado. Ya no es la niña inocente que tú conociste. Hoy es una parisién, con todo lo que la parisién reune de más adorable.

JORGE. ¿Qué oigo?

ALF. Pero buena y honrada, eso sí. Clara entra, sale, se divierte, ríe, juega, baila, y no está nunca en casa porque vive siempre en la calle.

JORGE. ¿Pero... tan loca se ha vuelto?

ALF. ¿Loca? ¡No! Es... fin de siglo.

JORGE. ¿Fin de siglo?

ALF. Una frase nueva que expresa muy bien lo que quiere expresar. Nuestro siglo debe morir dentro de diez años, y ese tiempo quiere pasarlo divertido. Hoy es un viejo verde, ya que otras veces fué un joven fastidioso. Vamos á ver: ¿no crees, como yo, que los años dejarían mejor recuerdo si terminasen todos en primavera? Pues por eso vivimos ahora en primavera perpétua, y la electricidad reemplaza al sol. Todo el mundo es fin de siglo, desde las parroquianas del Duque de Casteli, hasta Pepa Cassolette, que se casa con su notario. ¡Y la literatura que nada enseña! ¡Y el teatro que lo enseña todo! ¡Y la crítica que presume de sabia y que no sabe nada! ¡Fin de siglo! Ser fin de siglo es ser alegre, caprichoso, indiferente. Vivir agitado, á doble presión, si esto puede decirse. No se trata de ir lejos, sino de ir á escape. Nuestros padres viajaban en diligencia. Nosotros en tren relámpago. De París á París. ¡Ese es el trayecto! ¡París, fin de siglo! ¡Parada y fonda!

JORGE. ¡Me asombras!

ALF. Ya entrarás en el gran torbellino y serás fin de siglo como yo. Las reputaciones, los gobiernos, las fortunas, todo se hace y se deshace en cuatro minutos. Aquí mismo, almorzaban ayer un gran duque y un rey destronado allá solitos en un rincón, y un príncipe heredero en compañía de un dentista y un fabricante de chocolate. El bolsista que hoy maneja millones, no tenía botas el mes pasado. Nuestros criados nos roban; nuestras queridas nos engañan; pero con tanta delicadeza, que acabamos por darles gracias. Anímate, ocupa un puesto en el festín, y sigue alegremente el entierro del siglo. Para empezar vamos en casa de mi futura. Hoy debo conocerla. Me darás tu opinión... ¡Y ahora que recuerdo! Tu prima es íntima amiga de la Marquesa. Allí la encontrarás.

JORGE. ¿De veras? Entonces llévame.

ALF. Y mañana á casa de Julia. Es necesario que le hable de una vez. Tú me infundirás valor. ¡Andando!... Espera. ¡Me iba sin pagar! (Deja un billete en la mesa.) Como soy tan conocido, podían llevarme á la prevención. (Mirando el reloj.) ¡Demonio! ¡Las dos! ¡Qué atrocidad!

JORGE. ¡Pero si está parado!

ALF. ¡Es verdad! ¡Siempre me equivoco!... ¡Andando!

JORGE. ¡Andando! (Vanse por la segunda de la derecha.)

ESCENA VIII

ADRIAN, LA SEÑORA DEL MOSTRADOR y MOZOS

Todos los clientes se han marchado. Los Mozos quitan los mantoles. Pequeña pausa.

ADRIAN. (Saliendo de levita, sombrero de copa y guantes.) ¿Han terminado los almuerzos?

SEÑORA. Sí, señor Adrián.

ADRIAN. Si el amo pregunta por mí, dígale usted que estoy en mi círculo. (Vase con mucho contoneo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón en casa del Marqués.

ESCENA PRIMERA

UN CRIADO y UNA DONCELLA

Ambos, sentados; aquél lee un periódico.

CRIADO. ¡Anda, morena! ¡El señor Marqués ha sido llamado al orden!

DONC. ¿Dónde?

CRIADO. En el Senado. Esto me enorgullece como elector, porque tenemos opinión contraria; pero me rebaja como doméstico.

DONC. ¡Ay, amigo Antonio! ¡Qué desagradable resulta servir á los ricos!

CRIADO. Lo mismo que á los pobres. Pero en medio de todo, usted no debe quejarse. La señora Marquesa no está nunca en casa, por lo cual pasa usted el día sin hacer nada.

DONC. ¿Cómo que no? Hago economías sobre mi trabajo.

CRIADO. Y yo sobre mi sueldo. ¡Oh! Si nombrasen ministro al señor Marqués! Esto me rebajaría mucho como elector, pero me enaltecería como criado. (Suena un timbre.)

DONC. ¡Llaman! Adiós. (Vase.)

ESCENA II

ALFREDO y JORGE, por el foro.

ALF. (Al Criado.) Anúnciame al señor Marqués. (Vase el Criado por la segunda de la derecha.) Vas á conocer á un suegro seductor. Político moderno. Gran jugador de *wist*, y muy querido de sus colegas los senadores. Es el que mejor interrumpe al orador en los momentos críticos. Propietario de *La Veleta Parlamentaria*. Periódico que se lee mucho. Hombre activo. Te lo encontrarás en todas partes. Ya lo verás mañana en el baile de la Baronesa.

JORGE. ¿Qué baile es ese?

ALF. Uno muy famoso dedicado á los pobres. Habrá gran *kermesse*, trajes pintorescos... ¡Oh! La Baronesa sabe hacer bien las cosas. Disfruta omnímoda libertad. Su marido, el Barón, no se mezcla en nada. A éste le conocerás en casa de Julia.

JORGE. ¿De Julia Fripier?

ALF. Sí. Es su antiguo protector. Allí vegeta desde hace muchos años, y todos le respetamos. La Baronesa no ignora esa... íntima amistad.

JORGE. ¿Cómo? ¡Su mujer tolera!...

ALF. ¡Toma, toma! ¿Y por qué no? En cambio ella da fiestas y derrocha el dinero. Es un convenio mútuo. ¡Pero calla! Mi suegro.

ESCENA III

DICHOS y el MARQUES

MAR. ¡Hola! ¡Querido yerno! (Saludando á Jorge.) ¡Caballero!

ALF. ¡Mi querido papá suegro! Tengo el gusto de presentarte á mi excelente amigo Jorge de Kerjoel, un bretón de los tiempos prehistóricos, especie de salvaje, á quien trato de hacer parisién. Acabo de asegurarle que usted me ayudará en tan difícil empresa.

MAR. ¡Pues ya lo creo! Tengo un verdadero honor en conocerle, y le suplico que desde ahora considere esta casa como suya.

JORGE. Mil gracias.

MAR. ¿Habló usted con la Marquesa?

ALF. Todavía, no. ¿Sabe usted si podrá recibirnos?

MAR. Lo ignoro. Hace ocho días que no la veo.

JORGE. ¡Ocho días!

MAR. Justos y cabales. Parece que nos ponemos de acuerdo para no hallarnos nunca en casa á las mismas horas. ¡Nuestras ocupaciones son tan diferentes! Mi mujer detesta la política. Yo detesto las fiestas. Yo almuerzo en el restaurant; ella come no sé en dónde. ¡Imposible encontrarnos!

ALF. ¿Y la encantadora Berta?

MAR. ¿Mi hija? ¿Va usted á darme noticias suyas?

ALF. Al contrario. Se las iba á pedir á usted. Todavía no le he sido presentado.

MAR. Es verdad. Y ello es presiso. ¿Cuándo se casa usted?

ALF. El diecisiete.

MAR. Entonces no hay que perder tiempo. Arregle usted con mi esposa el asunto. Esto le concierne. Pero calle usted. Se me figura que Berta debe salir del convento uno de estos días.

ALF. Hoy mismo, según me indicó ayer la Marquesa.

MAR. ¿Lo ve usted?

ESCENA IV

DICHOS y el CRIADO

CRIADO. Señor Marqués, el secretario del señor Marqués tiene

el honor de notificar al señor Marqués que está á la disposición del señor Marqués.

MAR. ¡Ah! Julio. ¡Sí! Es verdad. Vendrá por mi artículo para el diario. Ya ven ustedes. Estoy ocupadísimo.

JORGE. Mucho sentiríamos abusar...

ALF. Mientras vuelve la Marquesa, vamos, con permiso de usted, á pasar un rato á la biblioteca.

MAR. Repito á ustedes que están en su casa. (A Jorge.) He tenido mucho gusto en... Y si mi influencia como senador puede servirle de algo... ¿Tiene usted ferrocarril en su pueblo?

JORGE. Aún no, señor Marqués.

MAR. ¿Quiere usted uno?

JORGE. ¡Oh!

MAR. Bueno, bueno. Hablaremos de eso. (Á Alfredo.) Hasta la vista, yerno mío.

ALF. Supongo que nos veremos el día de la boda.

MAR. Sin duda.

ALF. (A Jorge.) ¿No te dije que era fin de siglo?

JORGE. Yo creo que más bien es principio del otro. (Vanse por la segunda de la derecha.)

ESCENA V

EL MARQMES y JULIO

MAR. ¡Kerjoel! ¡Nombre ilustre! ¡Será rico probablemente! ¡Un gran partido para mi hija! Pero, ¡bah! si es Alfredo quien se casa con ella. Ya lo había olvidado. (Cogiendo un libro que habrá sobre la mesa.) ¿Qué es esto? ¡Hombre, hombre! ¡Dejar aquí una novela tan inmoral! ¡Si Berta la viese!... Ya diré á mi mujer que la guarde en sitio reservado. (La deja en la mesa.)

JULIO. ¡Señor Marqués!...

MAR. ¡Entre usted! ¡Entre usted!

JULIO. Ante todo, permítame usted que le dé gracias... Acabo de recibir la cruz.

MAR. ¿Qué cruz?

JULIO. La que me ha concedido el Gobierno por recomendación del señor Marqués.

MAR. ¡Ah!

JULIO. Semejante distinción... á mí... Un obscuro secretario.

MAR. No tal, no tal. Obscuro no puede ser nunca un secretario mío.

JULIO. Es verdad.

MAR. Y esa cruz le honra á usted tanto como á mí.

JULIO. El ministro me dió el diploma en propia mano, diciéndome: «Le protege á usted y le recomienda un senador que me injuria todos los días.» No puedo rehusarle á usted nada.

MAR. Bien, bien. Trabajemos. Necesito un artículo que haga sensación. ¿Qué han dicho del de ayer?

JULIO. Lo encontraron algo violento.

MAR. ¿Violento? Tal vez me dejase llevar de mi entusiasmo. Endulzaremos el de hoy. Escriba usted. (Julio se dispone á escribir.) «Los canallas y miserables que convierten el poder en una verdadera merienda de negros...» Creo que no puedo estar más dulce.

ESCENA VI

DICHOS y RIVOLET

RIV. ¿Se puede?

MAR. ¿Quién es?

RIV. Soy yo, caballero.

MAR. ¡Rivolet!

RIV. Pensé escribir á usted esta mañana, pero he preferido venir á verle personalmente para que nos expliquemos de una vez. Se trata del artículo que apareció ayer en la *Veleta Parlamentaria.*

MAR. ¡Ah!

RIV. Usted, señor mío, me atacaba antes en su periódico sin tregua ni reposo, y sus duros ataques me propor-

cionaban gran popularidad entre mis electores. Hoy, sin provocación de mi parte, sin razón alguna que lo justifique, empieza usted á tratarme con una cortesía que, francamente, no puedo tolerar.

MAR. Lo hago en uso de mi derecho, y empleo las armas que me convienen.

RIV. Pero usted advertirá, caballero, que en el artículo de ayer traspasó los límites de la conveniencia.

MAR. ¿Por qué razón?

RIV. Usted me llamaba hombre inteligentísimo.

MAR. ¿Bueno, y qué?

RIV. Añadiendo luégo los calificativos de ingenioso, ilustrado y consecuente...

MAR. Repito que estoy en mi derecho.

RIV. ¡Ah! Eso quiere decir qne me declara usted la guerra. ¡Inteligente yo!... ¡Yo ilustrado!... ¡Muy bien!... ¿Quiere usted guerra? ¡La habrá!

MAR. ¿Me amenaza usted?

RIV. Y le juro que he de vengarme. ¡Yo consecuente!... ¡Nos veremos!... ¡Yo ingenioso!... ¿Qué dirán ahora mis electores?... ¡Repito que nos veremos!... ¡Nos veremos!... (Vase.)

MAR. ¡Habrá insolente! ¡Hablarme de ese modo en mi propia casa! ¡Amenazarme... á mi! ¡Pronto! ¡Escriba usted! ¡Vamos á confundir á ese tunante!... «Parece, según nos aseguran, que el Gobierno se propone premiar los eminentes servicios de Rivolet. Ese hombre intachable, esa conciencia recta, gloria de la izquierda monárquica, ¡y orgullo de la patria!» ¡Toma, grandísimo pillo!

ESCENA VII

DICHOS, ALFREDO y JORGE

ALF. ¡Calla! ¿Trabajando todavía?

MAR. ¡Sí! En este momento estaba inspirado. ¡Las cuatro! ¡Y á las tres me aguardaban! Dispénsenme ustedes.

(Cogiendo el sombrero.) Acabe usted el suelto. Ya sabe usted el tono, ¿eh? Adiós. No puedo detenerme. (Volviendo.) ¡Ah!... Concluya usted diciendo que ha dotado á su hermana y que adora á su madre.

JULIO. ¡Oh!

MAR. Es preciso aplastarle. Hasta luégo. (Vanse el Marqués y Julio.)

ESCENA VIII

ALFREDO y JORGE; luégo LA MARQUESA

JORGE. Díme. ¿Se le parece su esposa?

ALF. Muchísimo. ¡Cuidado conque la trates de mamá! No olvides que aún tiene grandes pretensiones. ¡Si hubieras visto su admiración al saber que su hija podía ya casarse!

JORGE. Oye. ¿Entonces no te querrá mucho que digamos?

ALF. Todavía me quiere. Hoy la verdadera suegra empieza al salir de la iglesia.

MARQ. (Dentro.) Y mande usted la nota del *trousseau* á todos los periódicos.

ALF. Ella es.

MARQ. ¡Oh, señores, cuánto siento haberlos hecho aguardar! Buenos días, Alfredo.

ALF. (Presentándole.) Jorge de Kerjoel, un antiguo amigo, á quien ya he tenido el gusto de presentar al Marqués.

MARQ. ¡Cuánto lo celebro! Desde hoy es usted de los nuestros. ¡Ay, querido amigo! ¡Yo no sé cómo siendo tan débil, puedo resistir tanta fatiga! No descanso de día ni de noche. ¿Sabe usted de dónde vengo ahora?

ALF. No adivino.

MARQ De dar mi lección de canto en casa de la Marchesi para nuestro intermedio lírico de mañana.

ALF. ¡Ah! ¿En la *kermesse* de la Baronesa?

MARQ Cabal. ¡Y mi marido que cree que trabaja porque es senador! Si hiciese todo lo que yo hago y fuese además presidenta...

JORGE. ¿Cómo presidenta?

ALF. Sí. De catorce sociedades benéficas. ¿No son catorce?

MARQ. ¿Catorce? No lo sé. Las viudas afligidas, los diputados inválidos, las doncellas intransigentes... ¡Qué se yo! A propósito. ¿No sabe usted lo que me ha pasado?

ALF. No, Marquesa.

MARQ. Figúrese usted que había comprado un lote de pañales para la caritativa obra de las madres inconsolables... ¿Y qué hago? ¡Pues nada! Me equivoco y se los envío á las doncellas intransigentes. Calcule usted la cara que pondrían.

ALF. Me lo figuro. Pero diga usted: ¿qué han hecho de los pañales?

MARQ. Se han quedado con ellos.

ALF. Entonces consuélese usted.

MARQ. ¿Cómo? ¿Se marcha usted ya?

ALF. Debemos mi amigo y yo ultimar varios encargos... Pero volveremos dentro de una hora. Como hoy se queda usted en casa, habrá recepción.

MARQ. ¿Hoy? ¿Es hoy mi día?

ALF. Sin duda. ¿No expone usted hoy el canastillo de boda de mi futura?

MARQ. ¡Pues es verdad! Ha hecho usted bien en recordármelo. Lo había olvidado en absoluto. ¿Volverán ustedes? Usted sobre todo. (A Jorge.)

ALF. ¿Sabe usted si vendrá Clarita?

MARQ. Naturalmente.

ALF. Ya lo oyes.

MARQ. ¿La conoce usted?

JORGE. Ya lo creo. Es mi prima.

MARQ. ¿De veras? ¡Qué casualidad!

ALF. Y diga usted. ¿Me presentará usted hoy á mi futura?

MARQ. Lo ignoro.

ALF. ¿Pero no es hoy cuando debe salir del convento?

MARQ. ¿Hoy? ¿Usted cree que sale hoy?

ALF. ¡Bah! Estoy seguro.

MARQ. Aguarde usted. (Suena el timbre. Sale una doncella.) ¿Debe venir hoy la señorita Berta?

DONC. Sí señora. Esta mañana encargó la señora Marquesa á miss Simson que la fuese á buscar. La señorita había escrito además á la señora Marquesa anunciándola su llegada. (Vase.)

MARQ. ¡Sí! ¡Eso es! ¡Ahora me acuerdo!

ALF. ¿Lo vé usted?

MARQ. ¡Pero qué memoria tiene usted tan extraordinaria! Bueno. Luégo se conocerán ustedes. (A Jorge.) Es una niña, ¿sabe usted? Una niña enteramente.

JORGE. ¿Qué edad tiene?

ALF. Diecisiete años.

MARQ. ¿Ya? ¿Está usted seguro? ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Vaya! Hasta muy pronto. ¡Ah! Cuento con usted para mis sociedades. (A Jorge.)

JORGE. ¡Quién lo duda!

MARQ. ¿De cuántas le hago á usted protector?

JORGE. ¡De las catorce, señora!

MARQ. ¡Oh!

ALF. ¡Adiós, bellísima mamá!

MARQ. ¡Adulador!

JORGE. ¿Por qué te llama adulador?

ALF. Porque sólo ha oído bellísima. ¡Está tan ocupada!... (Vanse.)

ESCENA IX

LA MARQUESA

Muy simpático el señor de Kerjoel. Voy á apuntar su nombre en seguida. (Saca un librito y escribe.) Si no hiciese esto le olvidaba dentro de dos minutos. «Jorge de Kerjoel.» (Escribiendo.) Corriente. (Reparando en sus notas.) ¿Qué dice aquí? ¡Ah! Lo que tengo que hacer mañana. (Leyendo.) «Ir á la calle de Vaugirard.» (Pensando.) ¿Para qué debo ir á esa calle? Yo sé muy bien que debo ir; pero no recuerdo para qué. Necesito otro

libro de memorias para explicar lo que anoto en éste. (Guardándolo.) Al fin voy á ver á mi hija. ¡Cuánto me alegro! (Viendo el tarjetero,) ¡Y ahora recuerdo que tengo aquí su carta! (Saca un papel. Leyendo.) «¡Las arrepentidas no tienen carne...» ¡No! ¡No es esta! ¡Pero señor! ¿Dónde la puse? (Buscando en la mesa.) ¿Qué veo? El Marqués sin duda dejó aquí olvidada esta novela. ¡Qué imprudencia! Un libro semejante abandonado en el salón, precisamente el día que va á venir Berta. Lo encerraré bajo llave.

BERTA. (Dentro.) ¡Mama, mamá!

MARQ. ¡Ella es!

ESCENA X

DICHA y BERTA

BERTA. Felices, mamá.

MARQ. (Dejando el libro sobre la mesa y corriendo al encuentro de Berta.) ¡Hija de mi alma! (La abraza.) ¡Ven! ¡Ven que te contemple! ¡Dios mío, cómo has crecido! ¡Qué lástima que sea tan grande!

BERTA. ¡Claro está! ¡Como no me has visto en tanto tiempo, te choca el estirón! Nunca me has visitado en el convento,

MARQ. Y sin embargo, muchas veces pensaba ir, ¡pero qué quieres! ¡Estoy tan ocupada!

BERTA ¡No! Si no me quejo. Al contrario. Las escenas de familia en el locutorio, son siempre muy cursis. Yo sabía que estabas buena y que te ocupabas de mí. ¿Verdad?

MARQ. ¡Y tanto!

BERTA. ¿Conque al fin me caso, eh?

MARQ. De lo cual te alegrarás mucho.

BERTA. ¡Pchst! Ni me alegro ni lo siento. Acepto esa costumbre y nada más. Pero díme: ¿cómo es mi futuro?

MARQ. ¡Bah!

BERTA. Verás. Yo sé que es rubio y muy rico.

MARQ. ¡Sin esa cualidad!...

BERTA. En efecto. Eso es cuanto razonablemente puede exigirse á un marido. Pero... según creo, es algo joven.

MARQ. Está en la plenitud de la vida.

BERTA. ¡Qué lástima! Yo hubiera preferido un anciano venerable, con la cabeza blanca y la barba muy larga. Eso hace elegantísimo en coche.

MARQ. ¡Niña!

BERTA. Y además, á un marido así se le toma por un padre, ó por un tio, y á nadie infunde miedo. Vamos á ver. ¿En qué se ocupa?

MARQ. En nada, según creo.

BERTA. Mejor. Los hombres más ocupados son los que nunca abandonan á su esposa. En cambio, aquellos que nada tienen que hacer están siempre en la calle. Y díme, mamá: ¿cuándo voy á verle? Supongo que le conoceré antes de casarme.

MARQ. Es mucho más conveniente, hija mía. Hace un momento se hallaba en este salón... Pero volverá pronto.

BERTA. Bueno, bueno... Ya tendremos tiempo de vernos.

MARQ. ¡Cómo se parece á su madre!

ESCENA XI

DICHAS y la DONCELLA

DONC. Señorita... La modista manda á decir que haga usted el favor de ir en seguida á probarse los trajes.

BERTA. ¿En seguida?

DONC. Sin perder minuto, porque dentro de media hora tiene citadas á otras personas. (Vase.)

BERTA. ¡Oh! Corro al momento.

MARQ. Sí, sí.

BERTA. Pero... ¿y mi futuro?

MARQ. Le suplicaré que te aguarde.

BERTA. Mejor... Así se irá acostumbrando... ¡Vaya, adiós! (Abrazándola.) ¡Cuánto me alegro hallarme á tu lado!

MARQ. (Idem.) ¿Pues y yo? Por mucho que digan, hija mía... ¡La familia! ¡No hay más que la familia!

ESCENA XII

DICHAS y un CRIADO

CRIADO. Señora Marquesa...

MARQ. ¿Qué hay?

CRIADO. Varias señoras, aguardan en el gran salón.

MARQ. Que pasen... ¿Por qué no pasan?

CRIADO. Porque se han detenido á admirar el *trousseau* de la señorita.

MARQ. ¡Sí! ¡Es verdad! Bien, allá voy... (Vase el Criado.) No pierdas tiempo... La modista cuenta los minutos... Hasta luégo... No tardes... (Vase por la segunda de la izquierda.)

ESCENA XIII

BERTA

Adiós, mamá. (Reparando en el libro que dejó la Marquesa.) ¡Calle! ¿Aquí este libro? ¿Papá y mamá le dejan ahí sobre la mesa, sin miedo á que yo lo vea? Por fortuna sé que no puedo leerle. (Le coge y lo guarda en un cajón.) ¡Ajá! De este modo no hay miedo. Digo, ¿eh? ¡Si llega á verlo cualquiera! (Vase por el foro.)

ESCENA XIV

La MARQUESA, ADRIANA y EULALIA, por la segunda de la izquierda.

ADR. ¡Es divino!

EUL. ¡Precioso!

MARQ. ¿De veras? ¿Les gusta á ustedes?

EUL. ¡Mucho! ¡Con un *trousseau* así, se comprende el matrimonio!

ADR. Pues yo... qué quieren ustedes, los *trousseaux* me entristecen.

MARQ. Usted, siempre melancólica.

ADR. No puedo remediarlo. ¡Es mi carácter!

EUL. Diga usted mejor su manía. ¡El romanticismo! ¡La novela novelesca! ¡Qué disparate! ¡Usted! ¡Una mujer joven, rica y esposa de un banquero!

ADR. Que me abandona por sus negocios.

MARQ ¡Magnífico!

ADR. ¡Calle usted! ¡Oh, prosa de la vida!

ESCENA XV

DICHAS y la BARONESA, por el foro.

BAR. Dispense usted, Marquesa, si entro tan de prisa y sin detenerme á contemplar su exposición. Estoy muerta de cansancio.

MARQ. ¡Baronesa!

BAR. Desde esta mañana no dejo de correr. Mi baile va á volverme loca. ¿Ustedes vendrán á mi baile?

TODAS. ¡Por supuesto!

BAR. ¡Cuánto pormenor! Las flores, los helados, la cena, la orquesta! ¡Ah! Tendremos á Faure, de la ópera, y á los salvajes del Jardín de Aclimatación. Así, el que no quiera oir cantar, oirá gritar. (A la Marquesa.) ¿Y usted? ¿Trabaja para la gran sorpresa?

MARQ. Diariamente. La Marchesi afirma que tengo muy bonita voz. Y dice que si hago un esfuerzo, llego al *sol*.

BAR. ¡Pues suba usted! ¡Suba usted!

EUL. ¿Pero de qué sorpresa se trata?

MARQ. Ya la verán ustedes.

BAR. ¡Mucha discreción! ¿eh? Apropósito: he decidido para las señoras un traje ideal.

EUL. ¿Cómo?

BAR. Todas asistirán vestidas de arlequines.

MARQ. ¡Al fin aceptó usted mi idea!

BAR. Es un traje precioso.

MARQ. ¡De mucho gusto!

BAR. Y del cual se hablará en todo París.

EUL. ¡Cuánto goza una cuando se divierte!

BAR. No es esa la opinión de Adriana. ¡Como si lo viera!

ADR. Yo creo que hay tiempo para todo.

BAR. Y ahora que me acuerdo. Ayer me encontré á Arturo en el Bosque.

ADR. ¿Hablaron ustedes?

BAR. ¿Hablar? Pero hija, si Arturo iba durmiendo sobre su caballo, y aun éste me parece que no iba muy despierto.

MARQ. Según creo, Arturo pasa las noches de círculo en círculo. Por eso duerme de día.

ADR. (Suspirando.) ¡Ah!

MARQ. ¿Y su marido de usted?

BAR. ¡Tan contento! Desde hace ocho días huyó de casa. Ya sabe usted que odia los bailes y sus preparativos.

EUL. ¿Abandonó París?

BAR. ¡Qué disparate! Se marchó á... su retiro.

EUL. Comprendo.

BAR. ¡Qué quiere usted! Hay que pasar por ciertas cosas. No estamos ya en los tiempos de Otelo.

EUL. ¡Qué hemos de estar, señora!

BAR. Una mujer inteligente debe marchar con el siglo. Hay que hacer concesiones para disfrutar otras... ¡Pero calle usted! ¡Sí! Ayer salí con mi marido.

MARQ. ¡Hola!

BAR. Me llevó al Teatro Libre. Al ensayo general de una obra nueva. ¡Qué obra, amigas mías! ¡Qué obra!

MARQ. ¡Atrevida!

BAR. ¡Sí! Nos dijeron que había un acto naturalista para el público aficionado y un acto moral para las personas serias. Nosotros queríamos ver el acto moral, pero cambiamos las horas y caímos sobre el naturalista.

TODAS. ¡A ver! ¡á ver! Cuéntenos usted eso.

BAR. ¡Ah! ¡Qué acto! ¡Qué literatura! Figúrense ustedes un joven citado por una mujer casada. El joven se presenta, y lo primero que la dice... ¡No! ¡no me atrevo á referirlo!

TODAS. ¡Sí, sí, dígalo usted!

BAR. Bueno. Al oído. (Se lo dice á la Marquesa al oído.)

MARQ. ¡Oh! (Indignada.)

ADR. / EUL. ¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho?

MARQ. (Habla al oído á Adriana.)

ADR. ¡Oh! (Lo habla á Eulalia.)

EUL. ¡Oh!

LASTRES. ¿Y qué más? ¿Qué más? (Acercándose todas á la Baronesa.)

BAR. El marido se presenta de improviso y llena de improperios á su mujer. ¡Pero qué improperios!

LASTRES. ¡Diga usted! ¡Diga usted!

BAR. Otra vez al oído. (El mismo juego.)

MARQ. ¡Oh!

ADR. ¡Oh!

EUL. ¡Oh!

BAR. En fin: el amante arroja al marido por la ventana y...

LASTRES. Y...

BAR. Por fortuna cae el telón.

MARQ. ¡Qué escándalo!

BAR. Eso precisamente me decía Clara, la hermosa viudita de Chancenay, que también estaba allí. ¡Yo no sé, me decía, por qué vendrá una á estas cosas!

MARQ. ¡Oh! ¡Ella no pierde ninguna diversión!

EUL. Pasa la viudéz alegremente.

MARQ. Como es joven y rica...

BAR. Muy rica debe de ser para no arruinarse, porque hija, ¡gasta un lujo espantoso!

ADR. No hay fortuna que resista á tanto desorden.

EUL. ¡Caba! Así se lo digo yo todos los días á mi marido.

ADR. ¿Gasta mucho dinero su marido de usted?

EUL. ¿Él? No señora. ¡Yo!

MARQ. Prometo echarla un sermón en cuanto la ocasión se presente.

ESCENA XVI

DICHAS y CLARA

CLARA. ¡Gran reunión!

MARQ. Aquí la tenemos.

BAR. De usted hablábamos ahora mismo.

CLARA. ¿Es posible?

MARQ. Y yo anunciaba que iba á echarte un sermón.

CLARA. ¿A mí?

BAR. Entonces, las dejamos solas.

EUL. ¡Sí, sí!

BAR. Veremos mientras ese gran *trousseau* que tantas envidias debe despertar.

ADR. ¿No le ha visto usted?

EUL. Venga usted por aquí. ¡Es soberbio!

ADR. Los *trousseaux* me entristecen. (Vanse por la segunda de la izquierda.)

ESCENA XVII

LA MARQUESA y CLARA

CLARA. Ya estamos solas. ¡Vaya, sermonéame á tu gusto!

MARQ. ¡Y tanto, sí señora! Pero antes, permíteme que te dé una noticia

CLARA. Habla.

MARQ. Dentro de un instante voy á tener el honor de presentarte á tu primo.

CLARA. ¿Á Jorge?

MARQ. ¿Se llama Jorge?

CLARA. Jorge de Kerjoel.

MARQ. ¡Justo!

CLARA. ¡Cuánto me alegro! ¡Seis veces ha estado en casa y ninguna de ellas me ha encontrado!

MARQ. ¡Habrá torpe! Cuando se quiere ver á una dama del gran mundo como nosotras, no se la busca nunca en su casa, sino en la de las demás.

CLARA. ¿Y qué tal? ¿Se conserva tan guapo? ¿Es elegante? ¿Simpático? ¿Luego entonces vino á visitarte? ¿Por qué razón? ¿Le conocias tú por ventura?

MARQ. No. Lo trajo Alfredo.

CLARA. ¡Ah! ¿tu yerno?

MARQ. ¿Mi yerno? ¿Yo tengo un yerno?

CLARA. El que se casa con tu hija.

MARQ. ¡Ah, sí! No me acordaba.

CLARA. ¡Acabáramos! Bueno. Pues ahora, échame ese sermón.

MARQ. ¿Cuál?

CLARA. El que ibas á echarme.

MARQ. ¿Un sermón? ¡Ah, sí! Eso es. Siéntate á mi lado y prepárate. (Se sientan.)

CLARA. Como gustes.

MARQ. (A la doncella, que saca una caja de sombrero.) ¿Qué traes ahí?

DONC. Este sombrero que acaban de entregarme.

MARQ. Bueno. Déjalo. (Lo deja sobre el velador y vase.)

CLARA. ¿Qué sombrero es ese?

MARQ. Debe ser el de arlequín para el baile de la Baronesa.

CLARA. ¿A ver? ¿á ver?

MARQ. (Sacándolo.) Es bonito, ¿verdad?

CLARA. ¡Bonitísimo! ¡Quiera Dios que el mío se le parezca!

MARQ. (Poniéndoselo.) ¿Va bien?

CLARA. No puede ir mejor... Te sienta á las mil maravillas.

MARQ. (Que fué á mirarse al espejo, vuelve á sentarse, con el sombrero puesto.) Continuemos, hija mía, y óyeme bien. Yo soy una mujer seria y formal; madre de familia y más vieja que tú... No mucho sin embargo; pero en fin, más vieja.

CLARA. ¿Dónde vas á parar?

MARQ. Voy á parar... Te lo diré sin preámbulos ni ambajes... Clara... Gastas mucho dinero.

CLARA. ¿Yo?

MARQ. Y por mucho que tengas, puede llegar un día en que

te falte. No quisiera verte arruinada. Por eso te aconsejo un poco de orden.

CLARA. ¿Y era ese el sermón? ¡Já, já, já!

MARQ. Bueno es que te diviertas. Una viuda debe divertirse; pero...

CLARA. Tranquilízate. Desde hoy empezarán las economías. Precisamente, me encuentras en un momento de crisis.

MARQ. ¿De crisis?

CLARA. A una amiga como tú, bien puedo confiar...

MARQ. ¡Todo! Habla sin cuidado. Así como así, me olvidaré de ello en seguida.

CLARA. Bueno. Pues estoy en crisis... con mi modista.

MARQ. ¿Carolina?

CLARA. ¿Quién ha de ser?

MARQ. ¡Cómo viste la tunanta!

CLARA. Exige sesenta mil francos al contado.

MARQ. ¡Qué horror! ¿Pero no tienes tú sesenta mil francos?...

CLARA. Tengo mucho más, pero no en dinero contante. Necesito alguna tregua, y mi modista no concede ninguna.

MARQ. ¡Qué compromiso! ¡Pobre amiga mía! Yo quisiera ofrecerte algo, pero mi esposo es muy tacaño.

CLARA. No hace falta. Ya lo tengo arreglado. La misma Carolina me proporcionó el medio.

MARQ. ¿De qué modo?

CLARA. Hallando á una persona que prestara inmediatamente el dinero.

MARQ. ¿Quién es esa persona?

CLARA. Lo ignoro.

MARQ. ¿Algún usurero?

CLARA. Claro está.

MARQ. No te fíes de los usureros.

CLARA. Ya no puedo arrepentirme. Carolina me exigió una carta en la cual puse como ella me indicó: «Acepto todas las condiciones, sean las que fueren.»

MARQ. ¡Infelíz! ¡Van á sacrificarte!

CLARA. ¡Y qué remedio!

MARQ. Es necesario que desde hoy tengas más cabeza. (Llevándose la mano á la suya y cogiendo el sombrero.) ¿Qué es esto? ¡Ah! ¡El sombrero! ¿Cuándo me lo puse?

ESCENA XVIII

DICHAS, ALFREDO y JORGE, por el foro.

ALF. Señoras...

MARQ. Adelante.

ALF. (A Jorge.) ¿No te lo dije? Ahí la tienes.

JORGE. ¡Prima mía!

CLARA. ¡Jorge!

MARQ. (A Alfredo.) Si llega usted diez minutos antes encuentra usted á su futura.

ALF. ¿Es posible? ¡Cuánto lo siento!

MARQ. ¡No! No lo sienta usted; Berta vuelve en seguida. Mientras tanto deme usted el brazo, y vamos á reunirnos con esas señoras. Están examinando el *trousseau* de mi hija... En verdad que ha recibido soberbios regalos... Hay un collar de perlas magnífico. ¿Ha visto usted el collar de perlas?

ALF. ¡Si soy yo quien se lo ha regalado!

MARQ. ¡Calla! ¡Es verdad! (A los otros.) Hasta luégo. Charlen ustedes cuanto quieran. (Vanse por la segunda de la izquierda.)

ESCENA XIX

CLARA y JORGE

CLARA. ¡Si supieras cuánto deploro no haber estado en casa siempre que fuiste á buscarme! ¡Pero qué quieres! Estoy tan ocupada y tan... ¿Hace mucho que no nos hemos visto?

JORGE. Cuatro años.

CLARA. ¡Cuatro años! Pues tú te conservas lo mismo que antes. ¿Y yo? ¿Me encuentras más vieja, no es verdad?

JORGE. (Riendo.) ¿Más vieja?

CLARA. ¡Voy á cumplir los veinticinco!

JORGE. Te encuentro más linda hoy que ayer, prima mía.

CLARA. ¿Y qué has hecho en esos cuatro años?

JORGE. Vivir en Bretaña.

CLARA. ¡Dios mío! ¡Cómo te habrás fastidiado!

JORGE. ¡Bah! No mucho.

CLARA. ¿Dónde pasabas las noches?

JORGE. A la orilla del mar.

CLARA. ¡Siempre á la orilla!

JORGE. Y los días también... Yo adoro el mar. La vida en pleno sol, á merced de los vientos... Ahí están la salud, la fuerza, la paz del alma...

CLARA. Y los mosquitos.

JORGE ¿Te burlas?

CLARA. No por cierto. Díme: ¿y para qué has venido á París?

JORGE. Para verte.

CLARA. ¡Oh! Mil gracias. Es usted muy galante. ¿Y luégo?

JORGE. Para hablar contigo de ciertas cosas.

CLARA. ¡Que aspecto tan grave! ¿Es muy serio eso que vas á decirme?

JORGE. Mucho.

CLARA. Bueno. Pues empieza.

JORGE. ¿Aquí?

CLARA. ¿Por qué no? Aquí estamos como en casa. Cinco minutos de tranquilidad. Es cuanto se necesita para un asunto serio. Vamos, vamos. Habla.

JORGE. Lo que voy á decirte te parecerá sin duda extraño. Lo guardo en mi corazón desde hace mucho tiempo. Es un secreto que había jurado no revelar á nadie.

CLARA. ¿Ni aun á mí?

JORGE A tí menos que á nadie. Pero hoy eres libre. Mis esperanzas vuelven á renacer; mis sueños despiertan, y hoy regreso á París para decirte...

CLARA. Lo que sé, primo mío, tan bien como tú.

JORGE. ¿Eh?

CLARA. ¿Te figuras que no ha pensado la mujer en lo que adivinó la niña inocente? Tú me amabas. Sin duda. Tú me amas todavía. Me alegro. ¿Quieres ser mi marido? No hay inconveniente.

JORGE. ¿Qué escucho? ¿Sabías todo eso? Y yo siempre tan tímido. ¡Oh, Clara! ¡Cuán dichoso acabas de hacerme!

CLARA. Poco á poco. Repito que acepto tu mano, pero con una condición.

JORGE. ¿Cuál?

CLARA. No quiero casarme ahora.

JORGE. ¿Eh?

CLARA. Sino dentro de un año.

JORGE. ¿Dentro de un año?

CLARA. ¿Te parece mucho? Bueno. Pongamos seis meses. Quiero ser complaciente!

JORGE. ¿Pero qué razón existe para retrasar así la boda?

CLARA. ¿Qué razón? La más sencilla. El deseo de alargar un poco mi libertad. Mi luto ha terminado, y apenas disfruté todavía las ventajas que mi situación de viuda joven, rica, y no fea, me ofrece. Yo disfruto, en fin, todos los beneficios del matrimonio...

JORGE. Sin el marido.

CLARA. Cabal. Te aseguro que en este momento no soy la esposa que sueñas. No estoy bastante... madura para reincidir. Mi avaricia aguarda nuevos placeres. ¡Para acabar de saborearla te pido seis meses! ¡Vamos! Esa mano. (La coge.) Tú eres mi futuro y yo tu futura. Desde ahora nuestro compromiso es sagrado, y aunque el mundo lo ignore, uno y otro ligamos nuestras almas. Tú me conoces, y sabes muy bien que, á pesar de mi aparente ligereza, nunca he de hacer nada que no sea digno de los dos. ¿Consientes?

JORGE. ¡Si no hay otro remedio! ¿Pero mientras, qué hago yo?

CLARA. Tú permaneces entre nosotros. Vives de nuestra propia vida, y te acostumbras á ella... ¡No protestes! Qui-

zás seas tú quien dentro de seis meses exclames. ¿Ya? ¿Tan pronto? Y pidas prórroga.

JORGE. En cuanto á eso ..

CLARA. Conque quedamos convenidos, ¿eh? Hasta la boda, libertad completa. En cambio nos veremos todos los días. ¿No es eso?

JORGE. Mi voluntad se ciñe á tu deseo.

CLARA. Como siempre. ¡Así te quiero!

ESCENA XX

DICHOS; ALFREDO, LA MARQUESA, ADRIANA, EULALIA y LA BARONESA, por la segunda de la izquierda.

BAR. ¡Magnífico! ¡Qué gusto! ¡Qué elegancia! ¡Sobre todo, el traje de divorcio es un poema!

ALF. Supongo que no habrá usted olvidado ningún detalle para la famosa *kermesse*.

BAR. Yo nunca olvido nada.

MARQ. Ni yo tampoco, ¿verdad?

ALF. ¡Oh! ¡Usted nunca!

MARQ. Y eso que con tanta sociedad benéfica y tanta obra de caridad... ¡Apropósito! ¿No eres tú la tesorera de las huérfanas impecables? (A Clara.)

CLARA. Sí tal.

MARQ. La semana próxima organizaremos para ellas una rifa. Ayer se decidió en junta. (A ellos.) Es preciso comprometer á todo el mundo. Aquí tengo una lista con varios nombres... (Saca una.) ¡No! Estas son las niñas inocentes. Por cierto que van quedando pocas. (Saca otra.) Tampoco. Estas son las arrepentidas á tiempo. (Otra.) ¡Ah! Aquí la tengo. (Repasando.) «E Marqués de Bridiere.» Ya tiene papeletas. «El Vizconde Lefevre, el Barón Clamorán, el Duque de Casteli...» ¿Conoces al Duque de Casteli?

CLARA. Un poco.

MARQ. Eso basta. Firma esa circular. Yo se la enviaré.

CLARA. Con mucho gusto. (Lo hace.)

ALF. (A Jorge.) ¿La hablaste?

JORGE. Sí.

ALF. ¿Y qué?

JORGE. Que acepta la boda.

ALF. ¡Bravo!

JORGE. Pero dentro de seis meses.

ALF. ¡Mejor! Esas cosas cuanto más tarde... (Viendo el reloj.) ¡Demonio! ¡Las siete menos cuarto! Dispense usted, Marquesa. ¿Y mi futura?

MARQ. Vuelve en seguida.

ALF. Es que nos aguardan en el círculo. Debo presentar á Jorge. ¿Cree usted que tardará mucho?

MARQ. Fué en casa de su modista á probarse varios trajes.

ALF. ¿En casa de...? Volveré mañana.

MARQ. ¡No! ¡Mañana, no! Berta va al Senado. Habla su padre.

ALF. Entonces pasado mañana.

MARQ. ¡U otro día!

ALF. Sin falta. Eso es.

BAR. ¡Dios mío!

TODOS. ¿Qué?

BAR. ¡He olvidado lo principal! ¡Enviar las invitaciones!

ALF. ¡Friolera!

BAR. ¡Y el baile es esta noche! Acompáñenme ustedes.

MARQ. ¡Sí, sí! ¡Trabajaremos todos! Usted al teléfono, usted al telégrafo... ¿Hay algo más rápido?

BAR. ¡Vamos, señores! En casa tengo la lista de los convidados.

TODOS. ¡Sí, sí! ¡Corramos! ¡Corramos!

MARQ. ¡Yo no sé dónde algunas mujeres tienen la cabeza!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Invernadero profusamente iluminado. Gran escalera al fondo con doble tramo á derecha é izquierda que conduce á una ancha meseta. En el fondo de la meseta una puerta. Velador á la izquierda sobre la escena.

ESCENA PRIMERA

RIVOLET, ARTURO y JORGE

Todos los hombres vestirán frac encarnado. Todas las señoras trajes de arlequines. Arturo, dormido en una butaca á la derecha.

RIV. ¡Animadísimo! No puede pedirse más.

JORGE. Yo estoy aturdido. En el salón es imposible dar un paso.

RIV. ¡Qué lujo, eh!

JORGE. ¡Y qué elegancia!

RIV. Como que aquí se dió cita esta noche todo lo que París encierra de crema.

JORGE. Por allí viene Alfredo. (Por la izquierda.)

RIV. (Mirando.) ¡María Santísima!

JORGE. ¿Qué?

RIV. Le acompaña Mirandol. ¡El de la vuelta al mundo!

ESCENA II

DICHOS, ALFREDO y MIRANDOL

MIRAND. Figúrese usted, amigo mío, que aquella mañana llegué á Pekín. Voy á decir á usted lo que es Pekín...

ALF. ¡No! Dispense ested. Estoy muy cansado y...

MIRAND. ¡Hola! ¿Ustedes por aquí?

ALF. ¿Y la Baronesa? La estoy buscando hace una hora. ¿No la han visto ustedes?

JORGE. Debe hallarse en el salón.

ALF. ¡Hay que preparar tantas cosas!... Voy á ver si doy con ella. (Vase por el foro de la derecha.)

ESCENA III

DICHOS, menos ALFREDO

MIRAND. ¿Cómo tan solitarios?

RIV. Hace mucho calor allí dentro.

MIRAND. ¡Bah! ¿Qué importa? Nunca hará tanto como en la China.

RIV. (Ya empezamos.)

MIRAND. Figúrese usted, amigo mío, una temperatura de cincuenta y seis grados. Aquella mañana llegué á Pekín. Voy á decir á usted lo que es Pekín.

RIV. Dispense usted. Luégo. Necesito respirar un poco. (Vase.)

MIRAND. Bien, bien... Como usted guste. (A Jorge.) ¡Qué país aquel tan admirable!

JORGE. (¿Habrá venido Clara?)

MIRAND. El cielo es más azul y la tierra es más verde. Aquella mañana llegué á Pekín.

JORGE. (¡No puedo reprimir mi impaciencia!) Con permiso de usted. Vuelvo al salón... (Vase por la izquierda.)

MIRAND. (Mira á un lado y á otro, y ve á Arturo que sigue durmiendo.

Entonces se acerca á él.) (Allí hay otro.) Aquella mañana llegué á Pekín. Voy á decirle á usted lo que es Pekín. (Reparando que Arturo no se mueve.) (¡Este me escucha! ¡Qué rareza!) (Se sienta á su lado.) ¡El sol lucía radiente! ¡Las palmeras esparcían su bienhechora sombra! Yo llevaba un traje de dril. Entro en Pekín y tropiezo á los cuatro pasos con una girafa. ¡Qué ojos aquellos! ¡Con cuánta dulzura se fijaron en los míos! Me acerco, la acaricio y... ¿eh? ¿Qué dice usted? ¡Caramba! ¡Si está durmiendo! (Moviéndole.) ¡Caballero! ¡Caballero!

ART. ¡No va más! ¿Quién es? ¿Qué hay?

MIRAND. La anécdota es interesante. Verá usted. Estamos en Pekín. Me acerco á la girafa...

ART. (Levantándose y marchando al foro.) ¡No! ¡Despierto, no! ¡Caracoles!

MIRAND. (¡Qué lástima! ¡Ahora que tengo tanta cuerda! ¡Dé usted la vuelta al mundo para esto!

ESCENA IV

DICHOS, LA BARONESA, EULALIA, ADRIANA, JULIO, ROSA y CLEMENTINA, por la izquierda.

BAR. ¡Por aquí! Vengan ustedes.

MIRAND. ¡Oh! ¡Baronesa! ¡Señoras!

JULIO. ¡Qué calor!

BAR. ¿Ha visto usted á Alfredo?

MIRAND. Por ahí anda buscándola á usted. ¡Qué baile! ¡Oh, qué baile!

BAR. Yo creo que hablará bien la prensa.

MIRAND. ¡Pues no ha de hablar! De estas cosas siempre habla bien. Recuerdo que en Australia...

ESCENA V

DICHOS y ALFREDO

ALF. ¡Gracias á Dios! Por fin la encuentro á usted, Baronesa!

BAR. Y yo buscándole á usted también. (Mirandol habla con las otras señoras y con Julio.) Estaba muy inquieta por mi cotillón.

ALF. ¡No hay cuidado! Voy á dirigirle como acostumbro. ¿Se halla todo dispuesto?

BAR. Ahora preguntaré.

ALF. ¿Y mi futura suegra? ¿No ha venido aún?

BAR. Todavía no. Y prometió ser de las primeras. ¡Lo mismo que Clara!

ADR. ¿No han visto ustedes á Arturo?

EUL. ¿Tiene usted algo que decirle?

ADR. Sí. De parte de mi marido.

MIRAND. ¿Arturo? Aquí lo tiene usted. (A la izquierda. Volvió á sentarse y á quedar dormido.)

TODOS. ¡Já, já, já!

MIRAND. Hecho un tronco. Ni un terremoto le despierta.

ADR. (¿Dormir él? ¡Qué locura! Lo finge para pensar en mí.) (Acercándose á Arturo.) No se marche usted. Tenemos que hablar.

BAR. ¡No interrumpamos tan profundo éxtasis! ¡Vaya! ¡Vengan ustedes! Me ayudarán á prepararlo todo para el cotillón. Usted, Alfredo, averigüe si llegó la Marquesa. Volvemos aquí en seguida.

JULIO. (Dando el brazo á Eulalia.) Cuando usted guste.

EUL. Vamos allá.

BAR. Por este lado. Vengan ustedes. (Vanse por la segunda de la derecha.)

MIRAND. (Dando el brazo á Adriana y siguiendo á los otros.) Entro en Pekín, y tropiezo á los cuatro pasos con una girafa.

ESCENA VI

ALFREDO; ARTURO, dormido; luégo JORGE

JORGE. (Saliendo por la primera de la izquierda.) ¡Esto es una infamia! ¡Una calumnia! ¡Ah! ¿Eres tú?

ALF. ¿Qué tienes? ¿Qué aire melodramático es ese?

JORGE. Por lo visto, la murmuración forma también parte de esta fiesta.

ALF. Esa asiste siempre á todas partes. Pero en fin, explícate.

JORGE. Hace poco se hablaba de Clara entre un grupo de jóvenes, y he sorprendido al pasar ciertas frases.

ALF. ¿Jóvenes? ¿De qué sexo? ¿Del femenino?

JORGE. Sí.

ALF. ¿Qué decían?

JORGE. ¡Qué sé yo! Que estaba arruinada. Que el Duque de Casteli andaba loco por ella. Que así lo asegura yo no sé qué modista de fama. ¡Oh! ¡En poco estuvo que me dejase llevar de mi furor!

ALF. ¡Qué tontería!

JORGE. Y al recordar cuanto nos refirió ayer el Duque. Cuanto nos habló de aquella dama del gran mundo, á quien se proponía conquistar...

ALF. ¡Calla! ¿Estás loco? ¡Tu prima es honrada! ¡Esa sospecha es indigna!

JORGE. Sí, sí. Dices bien. Clara no puede envilecerse.

ALF. ¡Maldito provinciano! ¡Siempre malicioso! ¡Bah, bah! No pensemos en eso. Aquí hemos venido á divertirnos. A bailar, á reir. ¡Yo estoy loco de alegría! ¡Soy libre, Jorge!

JORGE. ¿Eh?

ALF. Libre como el pájaro. Julia lo sabe todo.

JORGE. ¡Ah!

ALF. Fuí esta tarde decidido á concluir de una vez.

JORGE. ¡Gracias á Dios!

ALF. ¡Qué escena aquella! Julia, tengo que hablarte. Alfredo, yo también. Y cuando me preparaba á decirla: Julia, voy á casarme, se arroja á mis plantas y exclama: ¡Alfredo! ¡Me caso!

JORGE. ¿Ella? ¡Tiene gracia!

ALF. ¡Sí! ¡Ella! ¡Figúrate mi alegría! ¡Infame!—replico furioso.—¿Conque te casas? ¡No me cierres el camino de la virtud! ¡Basta! ¡Yo no cierro nada! Si tu futuro

es digno de tí, te perdono. ¡Oh! ¡Un joven encantador! ¿En qué se ocupa? Es gurupié de un círculo aristocrático. ¡Ah! ¿Funcionario público? Corriente. Cásate cuando quieras.

JORGE. ¡Já, já, já!

ALF. ¡Uf! ¡Qué peso se me ha quitado!...

JORGE. Lo comprendo.

ALF. Vaya, adiós. Corro á preparar mi cotillón. ¡Y luégo dicen que no trabajo!...

ESCENA VII

DICHOS y EL DUQUE, por la izquierda.

DUQUE. ¡Señores!

JORGE. (¡El Duque!)

ALF. Vuelvo en seguida. Estoy ocupadísimo. (Vase por el foro de la izquierda.)

ESCENA VIII

JORGE y EL DUQUE

DUQUE. ¡Oh! ¡Cuánto celebro!... ¿Llega usted ahora?

JORGE. Hace un rato.

DUQUE. ¿Y qué tal? Estará usted encantado.

JORGE. Diga usted más bien sorprendido.

DUQUE. Comprendo... Necesita usted irse acostumbrando poco á poco... pero de todos modos confesará usted que las francesas son divinas.

JORGE. ¡En cuanto á eso!...

DUQUE. Pues todavía falta en el baile la más bonita.

JORGE. ¿De veras? ¡Ah! Ya caigo... Olvidaba que en su corazón de usted existe un amor...

DUQUE. ¡Verdadero! ¿A qué negarlo?

JORGE Y... recibió usted buenas noticias?

DUQUE. Recibí una carta que alienta todas mis esperanzas.

JORGE. ¿Una carta?

DUQUE. Se acepta mi intervención, quedando agradecidos á mis servicios... ¡Soy dichoso, Jorge, muy dichoso!

JORGE. ¡Una palabra, señor Duque!

DUQUE. Diga usted.

JORGE. Sería indiscreción preguntar á usted el nombre de esa mujer.

DUQUE. ¡Oh, señor de Kerjoel!

JORGE. Dispense usted. Es cierto. Usted no debe decirme... No tengo derecho alguno... ¡Pero la aventura me admira de tal modo! ¡Es tan nueva para mí, tan extraña... que francamente... despierta mi curiosidad!

DUQUE. En París no acostumbramos á publicar esas cosas...

JORGE. Sí, sí. Vuelvo á suplicar á usted que me dispense. (¡Yo lo averiguaré todo, y si aquellas mujeres no mintieron!)... ¡Adiós, señor Duque! (Vase.)

DUQUE. ¡Já, já, já! (¡Es un provincianote!)

ESCENA IX

DICHOS, LA BARONESA, ADRIANA, EULALIA, JULIO, ROSA, MIRANDOL y CLEMENTINA; luégo LA MARQUESA, BERTA y el MARQUÉS

BAR. ¡Ea! Ya está todo corriente. ¡Ah! Duque, ¿usted aquí?

DUQUE. Admirándolo todo

MARQ. (Dentro.) ¡Sígueme, Berta!

BAR. La Marquesa... ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Gracias á Dios! Creí que no venían ustedes.

MARQ. ¡No me hable usted, Baronesa! ¡No me hable usted!

BAR. ¿Qué ocurre?

MARQ. ¡Vengo furiosa! ¡Acaba de ocurrirnos un lance! ¿Creerá usted que mi cochero se distrae tanto como yo?

BAR. ¿Eh?

MARQ. ¿A que no sabe usted dónde nos ha llevado?

BAR. ¿Dónde?

MARQ. ¡A la Embajada de Inglaterra!

BAR. ¿De veras?

MARQ. Había recepción diplomática... De pronto, nos presentamos los cuatro en medio del salón. Nosotros y Clara... ¿Dónde se ha metido?

BERTA. En la sala de baile, mamá.

MARQ. Sí, eso es... ¡Pues nada! Figúrese usted el efecto que produciríamos entre aquellos ministros!

BERTA. Vestidas de arlequines.

MARQ. El de Inglaterra abrió cada ojo como un candil. El de Portugal se puso los quevedos para ver mejor, y el agregado de la China se tiró al suelo, creyendo sin duda que éramos ídolos sagrados.

MAR. Por fortuna me reconocieron y se explicó todo... (Viendo salir á Rivolet.) ¡Ah! Rivolet. ¿Es usted? ¡Advierta usted que no lo saludo.

RIV. Guerra sin tregua, ¿eh?

MAR. Sin tregua.

RIV. Ya le contesté á usted esta mañana en *El Fígaro*. ¡Cuando pienso en su artículo de ayer!... ¡Pues no se atreve usted á decir que se considera honrado y dichoso estrechándome la mano!

MAR. ¿Y qué?

RIV. ¡Vamos! ¡Estréchemela usted!

MAR. ¡Nunca, caballero! ¡Nunca!

RIV. Bien. ¡Eso es otra cosa! (Le vuelve la espalda.)

JULIO. (Aparte á Rivolet.) Acabo de leer su artículo. ¡Bueno pone usted á mi principal! ¡Me alegro mucho!

BAR. Señores, un wals. ¡Vamos al salón! (Música dentro.)

TODOS. Vamos. (Vanse todos menos Arturo y Mirandol.)

MIRAND. ¡Pero este demonio de hombre es un lirón! ¡Arturo! ¡Arturo!

ART. (Despertando.) ¡Carta! ¡Ah! ¿Es usted?

MIRAND. Esto ya es un letargo.

ART. ¿En dónde nos hallamos?

MIRAND. En el baile de la Baronesa.

ART. ¡Demonio! Por aquí debe andar Adriana.

MIRAND. ¿Quién es Adriana?

ART. Una romántica que se ha empeñado en que me suicide con ella. Y crea usted, que no tengo tiempo... ¡Cáspita! ¡Aquí viene!

ESCENA X

DICHOS y ADRIANA; BERTA, por la izquierda.

ADR. (¡El es!) ¡Mirando!

MIRAND. Señora mía...

ADR. Acompañe usted al salón á esta señorita.

MIRAND. Con mil amores. ¿Quiere usted valsar?

BERTA. ¡Pues ya lo creo! ¿Pero de prisa, eh?

MIRAND. Ya verá usted (La ofrece el brazo.) cómo se valsa en China. ¿Conoce usted Pekín?

BERTA. No señor.

MIRAND. ¡Cuánto me alegro! Voy á decirle á usted lo que es Pekín. (Vanse por la izquierda.)

ESCENA XI

ARTURO y ADRIANA

ADR. ¡Al fin estamos solos!

ART. (Paciencia.)

ADR. ¿Por qué no vino usted anoche? Le estuve esperando hasta las nueve.

ART. ¿Para qué?

ADR. Para morir juntos.

ART. Ya me acuerdo. ¿Tiene usted mucho empeño en que muramos juntos?

ADR. ¡Si tengo empeño! Usted me ama.

ART. ¿Yo?

ADR. Me lo dijo usted.

ART. (Por qué dirá uno tonterías.)

ADR. Yo le amo á usted también. ¡Pero soy honrada!

ART. (Más vale así.)

ADR. ¿No es mucho mejor abandonar la vida en plena juventud, que aguardar la época de los desencantos? ¿Aguarda usted nunca el final de una obra en el teatro?

ART. ¡Nunca! Me levanto cuando va á acabarse y me voy al *foyer* para ver salir las chicas.

ADR. ¡Créame usted, Arturo! No es conveniente traspasar los límites de la felicidad. Cuando se llega á lo alto de la montaña no debe uno empeñarse en subir más.

ART. ¡Y aunque se empeñe, no sube!

ADR. ¡Muramos juntos! Se lo suplico á usted. ¡Morir con quien se ama! ¡Está eso tan de moda!

ART. Ya sé que esa clase de muerte se lleva mucho este invierno.

ADR. Quiero morir como he vivido. ¡Oh, Arturo! ¡Usted es la única persona con quien yo moriré á gusto.

ART. Mil gracias por su amabilidad; pero esta noche no estoy de humor.

ADR. Entonces, mañana. ¿Le parece á usted?

ART. ¿Mañana? Tampoco... Estoy convidado á comer.

ADR. ¡El viernes!...

ART. Bueno. El viernes.

ADR. ¿Le espero á usted?

ART. ¡Pues ya lo creo!

ADR. ¡Adiós! ¡Hasta el viernes! (Vase por la izquierda.)

ART. Eso es. Y si tardo, váyase usted muriendo. Mañana tomo el tren y buenas noches. (Vase por la derecha.)

ESCENA XII

ALFREDO; luégo BERTA y MIRANDOL, por la izquierda.

ALF. ¡Uf! ¡No puedo más! ¡Estoy molido! ¡Y tengo una sed horrible! (A un Criado que pasa con refrescos.) Oye... (Coge un helado.) Gracias... (El Criado va á marcharse.) No... Deja eso sobre el velador... Aguardo convida-

dos... (Deja la bandeja y sale.) Creo que el cotillón alcanzará gran éxito. He inventado una nueva figura llamada el Cambio. Todo consiste en darse la mano y subir hacia el fondo á marchas dobles. Una vez contra la pared ya no pueden subir más y caen aplastados. Hará gran efecto...

MIRAND. Los naturales de ese país tienen la costumbre singular de pincharse las narices todos los sábados.

BERTA. Gracias, amigo mío. Con permiso de usted voy á descansar un rato.

MIRAND. Hasta luégo. (Vase.)

BERTA. ¡Uf! ¡Al fin pude escapar! ¡Pues no quería contarme todo su viaje por la China! ¡Qué hombre tan pesado! ¡Y mamá me aseguró que hallaríamos en el baile á mi futuro esposo! ¿A que tampoco nos encontramos? (Repara en Alfredo que no la vió, y que toma sus sorbetes, volviéndole la espalda.) ¡Calle! Aquel señor está tomando algo... ¡Sí! ¡Sorbetes! ¡Y yo que tengo seca la garganta! (Alto.) ¡Caballero!

ALF. (Volviéndose.) ¡Señorita!

BERTA. Cuando usted termine...

ALF. ¡Oh! Dispense usted. No había reparado... (Acercando la bandeja.) Elija usted.

BERTA. (Es simpático.)

ALF. (¡Qué chica tan guapa!) Me parece que la veo á usted por primera vez en casa de la Baronesa.

BERTA. ¡Ya lo creo! Como que no he venido nunca.

ALF. Ya decía yo.

BERTA. Este es mi primer baile (Se sienta en el centro de la escena.)

ALF. ¿De veras?

BERTA. Y crea usted que me gusta mucho.

ALF. Es magnífico. ¡Las flores, las luces, las mujeres!...

BERTA. Cierto. Hay mujeres guapísimas. Y las hay también un poco... un poco ajadas. ¡Sobre todo, las madres de familia!...

ALF. Las madres de... ¿Cómo diablos las distingue usted?

BERTA. ¡Toma! Porque son las más descotadas.

ALF. ¡Já, já, já! ¡En efecto!

BERTA. Y las que llevan muchos brillantes. ¡Eso sí que viste bien!

ALF. Dispense usted. Hay cuello, que sin ostentar ninguna joya viste mucho mejor.

BERTA. ¿A que lo dice usted por el mío?

ALF. Cabal.

BERTA. Sin embargo: ¡crea usted que con un buen aderezo!... ¡Lástima que las solteras no podamos llevarlos! Por fortuna me caso pronto.

ALF. ¡Ah! ¿Se casa usted? Y yo también.

BERTA. ¿Es posible?

ALF. ¡Pero no para llevar brillantes!...

BERTA. ¡Se comprende! (Se levanta. Alfredo deja el sorbete en el velador.)

ALF. ¿Y con quién se casa usted?

BERTA. Con un hombre, como todos. ¿Y usted?

ALF. Con una mujer, como todas.

BERTA. ¡Qué quiere usted! ¡Es preciso tomar estado!

ALF. No hay más remedio.

BERTA. La sociedad lo dispone así. Yo no puedo modificar sus costumbres. (Pasa á la derecha y se sienta.)

ALF. Ni yo tampoco.

BERTA. Crea usted que la boda no me seduce; pero en fin, complace á la familia. Ya sabe usted, que sólo se cría y educa á las jóvenes para deshacerse de ellas.

ALF. Verdad.

BERTA. El matrimonio es una institución seria si se reflexiona bien.

ALF. Por eso no se debe reflexionar nunca.

BERTA. Al fin y al cabo es para toda la vida.

ALF. Según. Existe el divorcio.

BERTA. Ya pasó de moda.

ALF. Y tanto. Resulta cursi. (Se sienta á su lado.)

BERTA. Diga usted. ¿Cómo comprende usted el matrimonio?

ALF. Diré á usted. Yo no lo comprendo. Lo acepto como

una necesidad social. Después de haber vivido mucho, y de haber disfrutado bastante, debe el hombre penetrar en lo desconocido. Luégo eso da cierto tono. Una esposa viste muy bien. Es la figura decorativa del hogar. Verdad es que en el hogar no permanece uno mucho tiempo, pero lo tiene uno. A cierta edad es preciso el hogar. Los solteros le respetan mucho.

BERTA. Me gusta la idea. Sí señor. Yo creo, como usted, que el domicilio conyugal debe ser transitorio. No hay nada más ridículo que un marido casero.

ALF. No seré yo así. ¡Oh! Le juro á usted que estoy dicidido á no cambiar mis costumbres. Continuaré como siempre, frecuentando el círculo.

BERTA. ¡Bravo!

ALF. Comeré fuera de casa cuando me parezca.

BERTA. Muy bien.

ALF. Y me acostaré á la hora que me dé gana.

BERTA. ¿Nunca más tarde?

ALF. Nunca.

BERTA. ¡Qué casualidad! Tenemos la misma opinión. Yo no quiero ni un tirano ni un esclavo.

ALF. Le basta con un amigo.

BERTA. Con un conocido. Crea usted que si me caso, es, ante todo, por entrar y salir libremente. Por coquetear... sin malicia.

ALF. Naturalmente.

BERTA. Una joven soltera está obligada á guardar cierta reserva. Debe velar por su reputación. Pero una vez casada...

ALF. Sólo debe velar por la reputación de su marido, y eso es menos grave.

BERTA. Verá usted cómo pienso arreglar mi vida de casada.

ALF. Vamos á ver.

BERTA. Mi marido y yo estaremos juntos una hora todos los días.

ALF. A menos que lo impida cualquier asunto imprevisto.

BERTA. Eso es. Sólo le exigiré una cosa. Que me deje hacer cuanto me dé gana.

ALF. ¿Nada más?

BERTA. Nada más.

ALF. ¡Pero cómo concuerdan nuestros gustos! ¡Cuánto desearía que mi esposa pensase de ese modo!

BERTA. Si es una mujer distinguida, no puede pensar de otro. En verdad que será usted un marido muy simpático y agradable.

ALF. ¡Y usted una mujer encantadora! (Berta se levanta y se dirige al centro. Alfredo la sigue. Pequeña Pausa.) ¿Cuándo se casa usted?

BERTA. Este mes.

ALF. ¡Como yo!

BERTA. ¡Es curioso!

ALF. Si pudiésemos celebrar las dos bodas el mismo dia...

BERTA. ¡Ojalá! Deme usted otro sorbete. (Se acercan al velador.)

ALF. Tome usted.

BERTA. Brindo por su dicha futura.

ALF. Y yo por la de usted. (Música dentro. Beben. Pausa.)

BERTA. ¡Por su esposa!

ALF. ¡Por su marido! (Decididamente es hechicera.)

BERTA. (Decididamente es simpático.)

ALF. (Desde aquí muy despacio y en tono más serio.) ¡Vea usted! Si me casase yo con una joven tan linda y amable como usted, creo que no comería nunca fuera de casa.

BERTA. ¿De veras? Pues .. ¿A qué negarlo? Si mi esposo reuniese sus atractivos, creo que sería capáz de verle durante muchas horas. (¡Qué lastima!)

ALF. (Suspirando) (¡Qué lástima!)

BERTA. (Saludando.) ¡Caballero!

ALF. ¡Señorita! (Vase Berta por la derecha. Cesa la música.) ¡Es divina! ¡Ideal! ¡Una así es la que me hacía falta! Alegre, franca y lista... ¡Bah, bah! Pensemos en el cotillón. Si pienso en ella voy á concluir por enamorarme. (Vase por la izquierda.)

ESCENA XIII

CLARA y JORGE, por el foro de la izquierda.

CLARA. ¡Vaya! Aquí estamos solos. ¿Qué deseabas?

JORGE. Hablar contigo. En el salón no era posible. Estabas asediada por una turba de adoradores.

CLARA. ¡Y por eso me lanzaban tus ojos aquellas miradas terribles! ¿Sabes, primo, que va á costar mucho trabajo civilizarte?

JORGE. ¡Bah!

CLARA. Sin duda echas de menos la poética soledad de la playa ¡Oh! Es muy bello el mar; pero muy peligroso. Allí hay tempestades, escollos, naufragios...

JORGE. Lo mismo que en París. También aquí se desencadenan tempestades y aparecen terribles escollos. ¡Qué quieres! Aborrezco esta sociedad ligera y superficial, llena de egoísmo y de hipocresia, donde la mujer más honrada suele ser víctima de murmuraciones cobardes.

CLARA. Dispensa, primo. La murmuración no puede empañar una conciencia pura.

JORGE. Existen algunas, sin embargo, que se dejan vencer en ocasiones críticas ó desesperadas.

CLARA. No comprendo...

JORGE. En angustiosos momentos, nunca falta un hombre rico, galante y discreto que las salve de la ruína, exigiendo en cambio favores vergonzosos.

CLARA. Una mujer así ni es buena ni es honrada.

JORGE. Sin duda. Pero... ¿Conoces al Duque de Casteli?

CLARA. Le he visto varias veces. Un italiano muy simpático.

JORGE. ¡Ah! ¿Muy simpático?

CLARA. Ni más ni menos que otros hombres á quienes veo en bailes y reuniones....

JORGE. Y que se dedican á hacerte la corte. Como esos que ahora te rodeaban.

CLARA. ¡Vamos! ¿Eres celoso?

JORGE. ¿Y por qué no?

CLARA. ¡Mucho cuidado, primo! Es un defecto de muy mal gusto, sobre todo en París.

JORGE. ¡Oh! ¡Sí, sí! Tienes razón. ¡Soy un loco! ¡Un insensato! Desde hoy tendré en tí confianza ciega, porque eres la más leal, la más sincera y la más seductora de las mujeres.

ESCENA XIV

DICHOS y LA MARQUESA, por la izquierda.

MARQ. ¡Hola! ¡Hola! ¿Es así como cumple usted sus promesas, mi querido Jorge?

JORGE. ¿Yo, Marquesa?

MARQ. Mi hija le aguarda á usted desde hace media hora. Le prometió usted bailar con ella.

JORGE. ¡Es cierto!

MARQ. Pues corra usted, antes que su padre se la lleve á casa.

JORGE. ¿Cómo? ¿Va á llevársela?

MARQ. Sí señor. Dice que á las dos de la mañana un senador y una joven soltera deben hallarse en la cama.

JORGE. Pues voy en seguida.

MARQ. ¡Ah! No le hable usted de la China, ¿sabe usted?

JORGE. ¿De la China?

MARQ. Me lo dijo Berta. Recomiéndale que no me hable de la China. Usted sabrá...

JORGE. Yo no sé nada, pero descuíde usted. No hablaremos de eso. (Vase por la izquierda.)

ESCENA XV

LA MARQUESA y CLARA

MARQ. Nuestra rifa marcha admirablemente.

CLARA. ¿Qué rifa?

MARQ. La de las huérfanas impecables. El Duque de Casteli se porta de un modo regio. En primer lugar, va á prestarnos el célebre cuadro de las Vendimiadoras. Lo expondremos en la calle de Rivoli, á cinco francos la entrada. Además, nos regala una magnífica vagilla de Sevres, antiquísima y auténtica. Es la misma que usaba Luis XIV, cuando comía con la Maintenon ó con la Dubarry, no recuerdo cuál.

CLARA. Es lo mismo.

MARQ. Acabo de hablar con el Duque. ¿Sabes que es uno de tus admiradores? ¡Como que me ha confesado que si se interesa tanto por la rifa, es porque tú le has escrito! (Viendo al Duque.) Aquí viene. Te dejo. Voy con la Baronesa, que me aguarda hace dos horas. ¡Ah! Da las gracias al Duque como tesorera de la asociación.

CLARA. Bien, bien. Conozco mis deberes.

MARQ. Hasta luégo. ¿Dónde iba yo?

CLARA. A buscar á la Baronesa.

MARQ. Sí, sí. ¡Cuando no tomo apuntes!... (Vase por la derecha.)

ESCENA XVI

CLARA, EL DUQUE, y luégo JORGE

DUQUE. (¡Ella!) ¡Cuán feliz soy, bellísima Clara, en poder hablar con usted!

CLARA. También me complace mucho, amigo mío, aprovechar esta ocasión para dar á usted gracias por su galantería.

DUQUE. ¿Cómo? Usted sabe...

CLARA. Todo lo que ha hecho usted por complacerme.

DUQUE. ¿Acaso podía yo ser insensible á su súplica?

CLARA. ¿De veras?

DUQUE. ¡Supongo que habrá usted perdonado mi audacia!

CLARA. ¿Su... audacia? ¿Qué audacia puede haber en interesarse á una obra de caridad?

DUQUE. No hablemos de eso. Usted sabe que mi ambición es otra. ¿Conque no está usted enfadada?

CLARA. ¿Yo?

DUQUE. ¿Ni la violenta confiarme sus secretos?

CLARA. ¿Mis secretos? ¿Pero de qué habla usted? ¿Qué secretos? ¡No comprendo! Cualquiera diría que usted me había hecho algún favor personal.

DUQUE. Justo. ¿No se refería usted á eso hace un instante?

CLARA. ¿Yo?

DUQUE. ¿Y en su carta de usted, no me autoriza para hablarle así?

CLARA. ¿Mi carta? Dirá usted la circular que dirigí á usted.

DUQUE. No. Me refiero á su carta.

CLARA. ¡Vamos, señor Duque! Suplico á usted que se explique de una vez.

DUQUE. Corriente. Yo supe su compromiso de usted. La necesidad en que se hallaba de aquellos sesenta mil francos.

CLARA. ¡Cielos!

DUQUE. Y sólo después de recibir su carta... ¿No lo sabe usted? «Acepto todas las condiciones, sean las que fueren.»

CLARA. ¡Gran Dios! ¡Pero yo creí que esa carta era para un prestamista... para un usurero cualquiera! ¡Y usted tuvo la osadía!... ¡Ahora comprendo! Esas mujeres... Ese mercado indigno de que me hablaba Jorge... ¡Pero haber supuesto de mí semejante infamia, es un ultraje!

DUQUE. ¡Señora!...

CLARA. ¡Sí! ¡Un ultraje! Conducirse de tal modo, es indigno de un hombre de corazón. Nunca hubiera usted osado tanto, si yo no estuviese sola en el mundo... Si tuviera alguien que me defendiese. (Jorge aparece.)

DUQUE. Refiexione usted, Clara, que no soy tan culpable como aparezco. A mí me remitieron esa carta firmada por usted. Yo debí creerme autorizado...

JORGE. ¡Falso! Esta señora no le ha escrito á usted. ¡Usted miente!

CLARA. ¡Jorge!

DUQUE. Una palabra. ¿Con qué derecho se mezcla usted en este asunto?

JORGE. Con el derecho que tiene todo hombre honrado para castigar la infamia y la vileza. Además, esta señora es mi prima.

DUQUE. Está bien... Usted me explicará sus palabras.

JORGE. Cuando usted guste.

DUQUE. Hasta mañana. (Vase por la izquierda.)

CLARA. Sí, Jorge, dices bien. París ofrece escollos y peligros que una mujer honrada debe evitar.

ESCENA XVII

DICHOS y ALFREDO

ALF. ¿Qué hacen ustedes? Va á empezar el ensayo del baile.

CLARA. ¡Vamos!

JORGE. Como quieras. (Vanse.)

ALF. (A dos Criados, que salen.) ¡Pronto! Llevarse ese velador. Retirar esos muebles. (Los Criados obedecen. Alfredo se marcha. Empieza la música.)

ESCENA XVIII

Todos los personajes salen por la puerta del fondo, la que se halla sobre la meseta de la escalera, y bajan por los tramos de la derecha y de la izquierda, en parejas y cogidos de la mano. Una vez abajo, bailan un minué y despuéa una farandola.

BAR. (Después de terminado el baile.) ¡Señores, al *buffet*. (Todos se precipitan por las escaleras.) Esto será siempre el principio y el fin de todos los siglos.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Saloncito en el hotel de Jorge.

ESCENA PRIMERA

JORGE; luégo ALFREDO y RIVOLET

Jorge aparece sentado cerca de la mesa acabando de escribir una carta.

JORGE. (Escribiendo.) «Reflexiona que no puedes rehusar. Yo era tu prometido.» ¡Tu prometido!

ALF. No te molestes, soy yo. Pero sí. Moléstate: me acompaña Rivolet, que viene á ponerse á tus órdenes.

JORGE. Agradezco á usted sinceramente esta prueba de amistad.

RIV. No hay de qué. Esta clase de servicios los hacemos todos.

ALF. Me encargaste buscar un segundo testigo, y en seguida pensé en Rivolet. Es un hombre serio... fuera de la política. ¿Conque te bates?

JORGE. Sí.

ALF. ¿Con el duque de Casteli?

JORGE. Con el Duque de Casteli.

ALF. ¡Diablo de idea! ¡En fin! Tal vez en el fondo lleves razón. De todos modos, te hacía falta un duelo. Este te pondrá en evidencia. Pero fuíste á elegir un día ocupadísimo para mí.

JORGE. ¿De veras? ¡Pobre Alfredo!

ALF. Mi boda por un lado, el círculo por otro... Como soy vicepresidente, y el presidente siempre anda de caza, me lo cuelgan todo. La revisión de cuentas Los modelos para el menú; el examen de barajas... Mira: aquí tengo varias que acaban de darme. (Las echa sobre la mesa.) ¡Cuando digo que me falta tiempo!... Pero hablemos del duelo: apenas si pudimos cambiar anoche dos palabras.

JORGE. ¿Qué quieres que te diga? Nos batimos, y nada más.

ALF. ¿Por qué? ¿Habrá alguna razón?

JORGE. Sin duda. Pero no puedo revelarla.

ALF. ¿Cómo?

JORGE. Me parece que estoy en mi derecho.

ALF. ¡Según!

RIV. No es esta la costumbre.

JORGE. Por lo cual, le agradezco á usted doblemente el sacrificio. Alfredo y yo somos antiguos amigos y dispongo de su voluntad. Me conoce lo bastante para exigirme explicaciones. Usted apenas me trata y puede hacerlo. Por eso le ruego que me permita ocultar las causas del desafío.

RIV. Como usted guste. Y supuesto que en este caso el favor es doble, yo estoy doblemente satisfecho de hacerle.

ALF. ¡Oh! Para aspirar á diputado se expresa muy bien.

JORGE. El Duque... puedo asegurarlo, obrará en este asunto como yo.

ALF. Bien. Hablemos de las condiciones.

JORGE. Las acepto todas, sean las que fueren.

ALF. Entonces no hay nada más sencillo. ¿Quiénes son los padrinos del Duque?

JORGE. Lo ignoro. Deben venir á la una.

RIV. Y son las doce y media.

ALF. ¿Qué armas prefieres?

JORGE. Ninguna.

ALF. ¿Manejas la espada?

JORGE. Un poco.

RIV. ¿Y la pistola?

JORGE. ¡Pchs! Un poco también.

ALF. ¡Demonio, demonio! ¡Y el Duque es de primera fuerza.

JORGE. No importa. Lo único que le suplico á ustedes es la brevedad. Desearía terminar cuanto antes.

ALF. Descuída. El Duque deseará lo mismo. Díme. ¿Podríais batiros por aquí?

RIV. Tengo un amigo á dos pasos, dueño de un jardín, que ni pintado.

JORGE. Arréglenlo ustedes todo á su gusto.

ALF. ¿Tienes aquí armas?

JORGE. Sí.

ALF. Corriente. Vamos á reconocer ese jardín y en seguida volvemos.

JORGE. Entonces, hasta luégo.

RIV. Hasta luégo.

ALF. ¡Qué día tan ocupado! (Vanse por la segunda de la derecha.)

ESCENA II

JORGE

Se sienta, y cierra la carta con lacre.

Si sucumbo en el lance, moriré al menos con la conciencia tranquila. (Un Criado sale con una bandeja y en ella una tarjeta. Viéndola.) ¡La Marquesa! ¿A qué vendrá? Que pase. (Vase el Criado.)

ESCENA III

JORGE y LA MARQUESA, por el foro.

MARQ. Si molesto volveré en otra ocasión.

JORGE. Usted no molesta nunca, Marquesa.

MARQ. ¡Calla! ¡Jorge! ¿Usted aquí?

JORGE. Naturalmente.

MARQ. ¿Conoce usted á la familia?

JORGE. ¿A qué familia?

MARQ. A la... ¿Pero dónde estoy yo?

JORGE. En mi casa, señora.

MARQ. ¿En su casa de usted? ¡Si yo no venía á su casa de usted! Mi cochero se ha equivocado, ó tal vez me equivocase yo... ó los dos á un tiempo.

JORGE. ¡Tiene gracia!

MARQ. ¡Sin duda! Vine á Passy con objeto de visitar á varios amigos en nombre de mis pobres. Yo dí al cochero unas señas, y... En fin, celebro en el alma la equivocación. Así prestará usted también su óbolo. Se trata de las arrepentidas á tiempo Hoy es día de cuestación. Dé usted lo que quiera.

JORGE. Con mucho gusto. (Saca un billete.)

MARQ. ¡Cien francos! ¡Cómo se conoce que es usted rico!

JORGE. ¡Bah!

MARQ. Y ahora que recuerdo. ¿Qué hizo usted anoche?

JORGE. ¿Anoche?

MARQ. Ni usted ni Clara permanecieron en el baile.

JORGE. En efecto. Nos marchamos temprano. Yo acompañé á mi prima. Se sintió algo molesta

MARQ. ¡Ya! ¡Molesta! ¡Qué demonio!

JORGE. Puede usted creerlo.

MARQ. ¡Lo creo! ¿Jaqueca sin duda?

JORGE. ¡Eso es! Jaqueca.

MARQ. ¡Hubo muchas en el baile! También el Duque de Casteli se sintió de repente acometido de la misma enfermedad.

JORGE. ¿Eh?

MARQ. Y desapareció como ustedes, á lo mejor.

JORGE. ¿Sí?

MARQ. ¡Las jaquecas son atroces! (Este no se descubre.) ¿Qué tiene usted?

JORGE. ¿Yo? Nada.

MARQ. Parece usted preocupado, inquieto...

JORGE. No tal.

MARQ. ¿Jaqueca también? Deben andar por la atmósfera. Lo mejor es tomar el aire. ¿Quiere usted acompañarme? Haremos juntos la cuestación.

JORGE. Lo deploro en el alma; pero no puedo salir, Marquesa.

MARQ. (Se bate hoy.) Hace usted mal. El día es magnífico. Por eso le hemos aprovechado para girar nuestras visitas domiciliarias. La Baronesa y mi hija salieron también con tal objeto. Hemos convenido en reunirnos aquí... No en su casa de usted. En el pueblo. ¿Conque decididamente rehusa usted acompañarme?

JORGE. Le juro á usted, señora, que un asunto de sumo interés me obliga á permanecer en casa.

MARQ. Bien, bien. No insisto. Otra vez será. Le dejo á usted. ¡Ah! ¡Y Alfredo! ¿Le ha visto usted hoy?

JORGE. Hace un momento estuvo aquí.

MARQ. (Mi yerno es el padrino.) ¿Creerá usted que todavía ni Alfredo ni mi hija se conocen? ¡Yo creo que no se van á ver ni aun después de casados! ¡Vaya, adiós! Y cuíde usted mucho esa jaqueca. (Corro en casa de Clara. Es preciso impedir el lance.) ¡Ah! Mil gracias por las arrepentidas.

JORGE. Adiós, Marquesa.

MARQ. Adiós. (En media hora estamos aquí. Hay que hacer esta otra obra de caridad.) (Vase por el foro.)

ESCENA IV

JORGE; luégo un CRIADO, ARTURO y MIRANDOL

JORGE. Por lo visto se comentó en el baile nuestra repentina ausencia. ¡Es preciso terminar pronto! ¡El honor de Clara, ante todo!

CRIADO. Dos caballeros preguntan si pueden pasar.

JORGE. (Los padrinos del Duque.) Sí, sí. Que pasen.

ART. y MIRAND. (Salen con gran ceremonia.) ¡Caballero!

JORGE. ¡Señores! Mis amigos vienen en seguida. Tengan ustedes la bondad de sentarse.

MIRAND. y ART. ¡Gracias!

JORGE. ¡Señores!

MIRAND. y ART. ¡Caballero! (Vase Jorge por la izquierda.)

ESCENA V

ARTURO y MIRANDOL

MIRAND. ¿Quiénes serán esos amigos?

ART. Lo ignoro. ¿Pero qué importa?

MIRAND. Según. De los padrinos depende todo.

ART. ¡Y yo que me acosté á las siete de la mañana!

MIRAND. Eso es muy sano. En el Indostán se acuesta todo el mundo á esa hora.

ART. ¡Y dale! Ya sabe usted que hemos convenido en no hablar de su viaje.

MIRAND. Entonces voy á estar callado todo el dia.

ART. ¡Mejor! En boca cerrada no entran moscas.

MIRAND. ¡Para moscas la India inglesa!

ART. ¡Mirandol!

MIRAND. ¡Ah! ¡Sí! Dispense usted.

ESCENA VI

DICHOS, ALFREDO y RIVOLET

ALF. ¡Calle!

ART. ¡Alfredo!

MIRAND. ¡Rivolet!

RIV. ¡Mirandol!

ALF. y RIV. (Poniéndose muy serios y saludando.) ¡Señores!...

ART. y MIRAND. (Idóm.) ¡Señores!...

ART. Nuestro amigo, el Duque de Casteli, nos ha encargado de cierta misión...

ALF. En efecto. Nosotros representamos á nuestro amigo Jorge de Kerjoel, que acepta de antemano cuantas condiciones se exijan.

MIRAND. Según eso, el señor de Kerjoel reconoce que somos los ofendidos.

ALF. Si eso es una condición, lo reconoce.

ART. Bien, bien. Dejemos nuestra seriedad. Está usted más grave que un ministro.

MIRAND. No hable usted mal de los ministros, porque no sabemos dónde puede uno ir á parar. Supongo que de ninguna manera trataremos de arreglar el asunto.

RIV. ¡Eso nunca!

MIRAND Lo digo porque ya he sido padrino en tres desafíos que se arreglaron amigablemente, y eso me carga. Luégo se burlan de uno.

ALF. No tema usted. Cuando existe para el duelo un motivo tan grave como el de ahora, no hay arreglo posible.

ART. ¡Oh! ¡Gravísimo!

MIRAND. Sí señor. ¡Gravísimo!

ALF. ¿Luego sabe usted la causa del duelo?

MIRAND. ¡Yo! No señor. ¿Y usted?

ALF. ¡Tampoco!

ART. Y nosotros que esperábamos saberla por ustedes.

RIV. Eso precisamente esperábamos nosotros. Saberla por ustedes.

MIRAND. El Duque no quiso decirnos ni una palabra.

ALF. Ni Jorge se explicó con franqueza.

MIRAND. ¡La cosa no puede ser más grave!

ALF. Bueno. Arreglemos las condiciones.

ART. Muy sencillo. Se batirán á sable.

MIRAND. No. Dispense usted. A espada.

ART. ¿Eh?

MIRAND. Con el sable pueden salir ilesos, y luégo se burlan de uno.

ART. Sin embargo...

MIRAND. ¡Nada, nada! Ya que soy padrino por cuarta vez, que no me vengan con bromitas.

ART. Corriente. Elegimos la espada.

MIRAND. Con buena punta.

ALF. ¡Vaya por la espada!

RIV. Entonces, lo único que debemos hacer es levantar el acta.

ART. ¿Qué acta?

RIV. El acta del desafío. Nosotros la firmamos y esto nos pone en evidencia.

ALF. Justo. Se publica en todos los periódicos.

MIRAND. Apropósito: encargue usted á su futuro suegro, el propietario de *La Veleta Parlamentaria*, que la mande insertar en sitio visible. La última vez me plantaron en la cuarta plana, debajo del jabón de los príncipes del Congo!

TODOS. ¡Oh!

ALF. No tema usted. Como yerno, tengo derecho al artículo de fondo. ¿Pero cómo diablo vamos á redactar ese documento? Lo primero que debemos hacer constar es la causa del desafío.

MIRAND. Que es lo primero que ignoramos...

RIV. ¡Pues es verdad!

ART. Ahora recuerdo que hace dos años fuí padrino en un lance parecido á éste. Dos amigos del círculo disputaron sobre una cuestión del juego. Ellos no querian que le familia se enterase del motivo, y en el acta no se mencionó. Es un precedente.

ALF. ¡Justo! Me acuerdo también. Fueron Bibaret y Carapouló.

RIV. ¿Carapouló? ¿Aquel chico rumano?

ALF. Cabal. Que tenía mala fama... como jugador... Pero era tan gracioso, que todo el mundo le apreciaba.

ART. En aquella cuestión la culpa fué suya.

ALF. No. Dispense usted, fué del otro. Yo juzgué el asunto, como vicepresidente, y me acuerdo muy bien.

ART. ¿Sí?

ALF. Verá usted. (Se acerca á la mesa y coge una baraja. Todos le rodean.) Era al bacarrat. Bibaret tallaba. «¡Cinco luises.» Y da cartas. (Reparte las cartas como al bacarrat. Los otros las recogen.)

ART. ¡Eso es!

MIRAND. Muy bien.

RIV. Adelante.

ALF. «¡Nueve!» Exclama Bibaret... (Mira su carta.) ¡Hombre! ¡Qué casualidad! Yo también tengo nueve. (Mostrándola.)

MIRAND. ¡Es verdad!

ALF. «¡Tallo diez luises!»—grita Carapouló.

ART. (Sacando un billete y echándolo en la mesa.) ¡Banca!

ALF. No hay inconveniente. (Se sienta y se dispone á jugar.)

MIRAND. (Sacando otra billete.) Caen doce francos.

ALF. No va más. (Da carta y vuelve la suya.) ¡Ocho!

ART. ¡Siete!

ALF. (Guardándose el dinero.) Hagan juego. (Todos apuntan.) ¿Está hecho? No va más. (El mismo juego.) ¡Siete!

ART. ¡Seis! ¡Siempre lo mismo! ¡En ninguna parte acierto nunca!

ALF. ¡Juego!

ART. Cien francos, bajo palabra.

MIRAND. Diez á este paño.

ALF. ¿Bajo palabra también?... ¡Señores, señores! Nos olvidamos del gravísimo asunto que estamos discutiendo. (Levantándose y recogiendo el dinero.)

MIRAND. ¡Sí, sí! Basta de bromas.

ALF. ¡Eso es! Basta de bromas. (Guardándose el dinero.)

ART. (¡Pues en broma en broma, me han dejado sín un céntimo!)

ALF. Decíamos, señores, que en el acta no debe expresarse el motivo del duelo.

MIRAND. Eso es. Se baten... porque se baten, y se acabó. Estilo africano... Voy á decir á ustedes lo que se hace en Africa.

ART. ¡Mirandol!

MIRAND. ¡Es verdad! No digo nada. ¡Ah, sí! (Á Alfredo.) Recomiende usted á su suegro que imprima mi nombre en letras gordas. Y que no se equivoquen, por Dios, La última vez pusieron en lugar de Mirandol, Mifarol...

ALF. Descuíde usted.

RIV. Creo que todo está arreglado.

ALF. Y muy seriamente. Como conviene en tales casos. Sólo falta fijar la hora.

ART. En este instante. El Duque sale esta noche para Italia y no puede perder tiempo.

MIRAND. ¿Dónde nos batimos?

RIV. A dos pasos. Hay un jardín apropósito.

MIRAND. Y en mi coche tenemos armas.

ALF. Pues vayan ustedes por el Duque. Nosotros bajaremos en seguida con Jorge.

ART. Andando.

MIRAND. (A Alfredo.) ¡Letras gordas, no lo olvide usted! (Muy serios y saludándose.) ¡Señores!...

ART. (Á Rivolet.) ¡Señores! .. (Vanse por la segunda de la derecha.)

ESCENA VII

ALFREDO y RIVOLET; luégo JORGE

ALF. Creo que no hemos podido hacer más. Jorge puede estar satisfecho. (Llamando.) ¡Jorge!

JORGE. ¿Qué hay?

ALF. Asunto terminado. Te bates ahora mismo... Armas, la espada.

JORGE. Gracias.

ALF. Nada de temblar, ¿eh?

JORGE. Ya ves que estoy tranquilo.

ALF. ¡Bravísimo!

JORGE. (Toca el timbre. Sale un Criado.) Lleva esta carta donde indica el sobre. (Le da la que escribió.) Cuando gustes...

RIV. Vamos allá.

ALF. Serenidad, vista segura y á fondo como un rayo. (Este lance va á honrarnos mucho.)

JORGE. Saldremos por la escalera de servicio. Así evitamos tropezar con cualquier indiscreto. (Vanse por la segunda de la derecha.)

ESCENA VIII

EL CRIADO; luégo CLARA y LA MARQUESA

CRIADO. Por las señas, mi amo va á romperse la crisma con alguno. ¡Cómo me gustaría presenciar la batalla! Yo gozo mucho cuando veo matarse á dos hombres. Es mi carácter.

CLARA. ¡Jorge! ¿Dónde está Jorge?

CRIADO. El señorito acaba de salir.

MARQ. Hemos llegado tarde.

CLARA. ¿Salió solo?

CRIADO. No tal. Con otros dos señores. Pero antes de marcharse me entregó esta carta para usted. Ahora pensaba llevarla á su casa. (Dándosela.)

CLARA. ¿Una carta?

MARQ. Bueno... Gracias. Márchese usted. Nosotras esperamos el regreso del señorito.

CRIADO. (No hay desafío sin mujeres. ¿Cuál de las dos será la *víctima*?) (Vase.)

ESCENA IX

CLARA y LA MARQUESA

CLARA. Ya lo ves. Jorge salió á batirse. Nada logramos impedir.

MARQ. Cuestión de cinco minutos. Siempre que debe uno

llegar antes, llega después. Lo vengo observando. Y eso que mi coche fué como un relámpago á tu casa.

CLARA. ¡Y yo tan necia que juzgaba el asunto terminado! Jorge me aseguró que no se batiría, por evitar el escándalo consiguiente.

MARQ. Los hombres que se baten, son precisamente los que aseguran lo contrario. Desconfía del que quiere batirse á todas horas... Pero en fin: abre esa carta. Tal vez estemos en un error.

CLARA. Sí, sí... (Abre y lee.) «Clara: voy á batirme...»

MARQ. ¿Lo ves?

CLARA. «Y aunque parezca pueril y ridículo abrigar temores inciertos, ¡sólo Dios sabe cuál será el resultado de este desafío!»

MARQ. ¡Toma! Salir lisiado cualquiera. Es natural.

CLARA. «Por lo mismo quiero comunicarte las resoluciones que he tomado, y que te interesan. Conste ante todo que nada debes al Duque de Casteli. Esta mañana recibió *de tu parte*, la suma que tuvo la osadía de pagar por tí.»

MARQ. Eso es muy noble. Yo hubiera hecho lo mismo... si hubiese tenido dinero.

CLARA. «Prima mía: sé que tus apuros son hoy muy grandes.»

MARQ. Es verdad. Estamos en esa época.

CLARA. «Yo soy rico... Permíteme que te ofrezca esta fortuna tan necesaria para la vida que has emprendido, y que acaricias tanto... No tienes ningún derecho á rehusar mi oferta. Yo era tu futuro esposo.» ¡Dios mío!

MARQ. ¡Alma sencilla y desinteresada!

CLARA. ¡Y yo rechacé su apoyo, su confianza, su amor! ¡Y yo... loca de mí, tuve la pretensión de creer que podía arrostrar sin peligro alguno esta vida frívola, ligera, indigna de una mujer honrada!

MARQ. ¡Vamos! No llores de ese modo.

CLARA. Sí, sí... He sido culpable... Quise agradar por mi belleza, por mi coquetería, sin temer los peligros de una sociedad egoísta y maliciosa.

MARQ. ¡Y tanto! Yo no sé por qué razón queremos vivir en sociedad. Si una sonríe, es coqueta; si no sonríe, orgullosa; si habla, entrometida; si calla, hipócrita. Quiere agradar y resulta ligera. Se empeña en pasar desapercibida y aparece uraña y ridícula. Pero señor. ¿Cómo hemos de ser? ¿Qué quieren los hombres? Nada, nada. Hay que desengañarse. Cerraremos las tertulias y los salones, y que no haya más que una sociedad. La sociedad vinícola. Esta por lo menos fortalece y conforta.

CLARA. Pero en fin; hagamos algo. Deben batirse en este instante.

MARQ. ¿Si supiéramos dónde? ¡Pero vaya usted á adivinar!

CLARA. ¿Dónde suelen batirse los hombres? Dicen que en el bosque. ¡Vamos allá!

MARQ. No, hija. Eso era antes. Ahora los desafíos se verifican bajo techado. Y dentro de poco irán á batirse á la cama.

CLARA. No importa. Salgamos de aquí. Tal vez la casualidad nos conduzca á su lado. ¿No ves que me devora la impaciencia? ¡Si ese duelo le fuese fatal! ¡Y ha sido por mí! ¡Por mí!

ESCENA X

DICHOS y JORGE; luégo MIRANDOL, ALFREDO y RIVOLET

JORGE. ¡Clara!

CLARA. ¡Ah! (Corriendo hacia él.)

MARQ. ¿Está usted herido?

JORGE. Sano y salvo.

MARQ. ¡Vamos! El herido fué el Duque.

JORGE. Tampoco.

MARQ. ¿Pues quién ha sido entonces?

MIRAND. (Con un brazo sostenido por un pañuelo.) ¡He sido yo, señora!

MARQ. y CLARA. ¿Usted?

ALF. ¡Vamos, ánimo! ¡Eso no es nada! ¡Un rasguño!

MIRAND. ¿Rasguño? ¡Y penetró hasta el hueso!

MARQ. ¿Pero se batió usted también?

MIRAND. ¡Quiá! ¡No señor! Salí herido sin batirme. Lo más fin de siglo que puede usted imaginarse.

ALF. Figúrense ustedes que Jorge y el Duque se pusieron en guardia. Cruzan las espadas y se acometen con ciega furia.

MIRAND. Yo estaba cerca de mi apadrinado, dispuesto á interponerme entre los combatientes en cuanto hubiera sido preciso.

ALF. Cabal. Pero Jorge da un salto á la derecha y queda casualmente detrás de Mirandol. El Duque se tira á fondo en aquel momento...

MIRAND. ¡Y recibo yo el pinchazo!

TODOS. ¡Já, já, já!

MIRAND. ¿Se ríen ustedes? Pues maldita la gracia que tiene esto. Y después de todo, si hubieran seguido batiéndose, en fin... menos mal. ¡Pues no señor! Los padrinos se opusieron.

ALF. ¡Naturalmente! El duelo era á primera sangre.

RIV. ¡Y el honor estaba satisfecho!

MIRAND. ¡Sí! ¡Pero yo no debía sangrar, sino ellos!

ALF. ¡Qué quiere usted!

MIRAND. ¡Y pensar que yo mismo elegí la espada con mucha punta!... ¡Uf! ¡Qué modo de escocer!

RIV. Eso se cura en cualquier farmacia.

MIRAND. Acompáñenme ustedes. Voy á meterme en la cama ahora mismo.

ALF. Con mucho gusto.

MIRAND. ¡Qué me he de acostar con gusto, hombre de Dios!

ALF. ¡No! Digo que le acompañaremos con gusto.

MIRAND. ¡Ah! Bueno. ¡Adiós, señoras!

MARQ. Aliviarse.

MIRAND. No vuelvo á ser padrino, aunque me emplumen. ¡Y á propósito! Voy á decir á ustedes cómo se empluma en el Asia central.

ALF. ¡Dios mío! ¡Empieza la fiebre!

MIRAND. ¿Eh?

ALF. ¡Usted delira! ¡A la cama!

RIV. Sí, sí. ¡A la cama!

MIRAND. ¡Bueno! ¡Á la cama! ¡Pero qué punta tenía tan afilada!... (Vanse por el foro.)

ESCENA XI

LA MARQUESA, CLARA y JORGE

CLARA. ¿Luego todo ha terminado, verdad?

JORGE. Todo. Después del ridículo incidente de Mirandol, el Duque me dió toda clase de satisfacciones... y hasta rompió la carta que habías escrito, sin sospechar á quién iba dirigida. ¿Pero qué haces aquí? ¿Por qué estás en mi casa?

MARQ. Porque como tenía usted aquella jaqueca tan fuerte, me pareció oportuno ir á buscarla en seguida. La traje aquí como antipirina.

JORGE. ¡Oh, Marquesa! ¡Cuán buena es usted!

MARQ. De algo me ha de servir el roce con la beneficencia. Y á propósito, la Baronesa y mi hija deben aguardarme. Voy por ellas y vuelvo para llevarte á casa. Mientras, hablen ustedes con libertad. ¡Ah! ¡Que sea enhorabuena! (Dando á Jorge la mano) Dios conservó su vida para mis pobres. Si no llega usted á pertenecer á mis catorce sociedades, le rompen á usted el brazo de Mirandol. ¡Adiós! Vuelvo pronto. Hablen ustedes. Hablen ustedes... (Vase por el foro.)

ESCENA XII

CLARA y JORGE

CLARA. ¡Jorge!

JORGE. No se hable más de mí. No te preocupe nada de lo

ocurrido. El asunto terminó sin ruído ni escándalo, y puedes, sin temor alguno, continuar la vida que emprendiste y que tanto te agrada.

CLARA. ¡Oh! ¡Eso jamás! Abandono París.

JORGE. ¡Cómo! ¿Tendrás valor de abandonarle?

CLARA. ¡Sí! Lo juro. Mis pasadas locuras me conducían poco á poco á un abismo que hoy vislumbro. ¡Quiero alejarme de él! Dices que no hubo escándalo. Que nadie se ocupará de este desafío. ¿Lo ignoro yo acaso? ¿No estoy comprometida á mis propios ojos?

JORGE. Comprometida por mí.

CLARA. ¿Por tí?

JORGE. Naturalmente. ¿Por quién me he batido? ¿Quién sino yo defendió tu honor ultrajado?

CLARA. ¿Luego me amas todavía?

JORGE. ¡Mucho! ¡Te amo más aún que te amaba ayer!

CLARA. ¡Jorge!...

JORGE. Sólo que ahora... no podremos casarnos dentro de seis meses.

CLARA. ¿Lo ves? ¿Ves cómo debo alejarme de París?

JORGE. Tenemos que casarnos en seguida.

CLARA. ¡Oh! ¡Cuán bueno eres, Jorge mío!

JORGE. ¡Cuánto te adoro, prima de mi alma! (La besa la mano.)

ESCENA XIII

DICHOS, LA MARQUESA, LA BARONESA y BERTA

MARQ. (Viéndoles.) ¿Se puede?

JORGE. ¡Marquesa!

MARQ. Creo que debíamos haber tardado algo, pero la Baronesa no puede detenerse.

BAR. (Saludando á Jorge.) ¡Amigo mio! ¿Qué acabo de saber? ¡Un duelo! ¡Pero usted se ha empeñado en hacerse célebre!

JORGE. Suplico á usted, señora, que no hablemos de eso.

BAR. ¡Al contrario! Ese desafío populariza mi baile. ¡Qué

más quisiera una para todas sus fiestas! Por fortuna salió usted ileso. Y Mirandol herido. ¡Eso me satisface! ¡Es tan simpático!...

ESCENA XIV

DICHOS y ALFREDO

ALF. ¡Oh! ¡Cuánta gente!

MARQ. Usted solo faltaba.

ALF. (Reparando en Berta.) ¡Calla!

BERTA. ¡Qué veo!

ALF. ¿Cómo está usted?

BERTA. Bien, gracias. (Se dan la mano.)

MARQ. ¿Pero se conocen ustedes?

BERTA ¡Toma, toma! íntimamente.

ALF. Somos antiguos amigos. Hemos estado juntos más de media hora.

MARQ. ¿Dónde? ¿Cuándo?

ALF. Anoche. En el baile de la Baronesa.

MARQ. Entonces, es inútil que les presente á ustedes...

ALF. No, no es inútil. Preséntenos usted. Así nos conoceremos.

MARQ. ¡Ah! ¿Son ustedes íntimos?...

BERTA. Sin conocernos.

ALF. Por lo mismo.

MARQ. (Presentándolo.) Alfredo de Morand...

BERTA. ¿Eh?

MARQ. La señorita Berta de Boissy-Godet...

BERTA. ¡Mi futuro!

ALF. ¡Mi novia!

BERTA. ¡Qué casualidad!

ALF. ¡Y yo que sentía tanto que no fuese usted!

BERTA. ¿Pues y yo? Me era usted tan simpático, que pensaba suplicar á mi marido que le llevase á usted á casa.

ALF. ¡Demonio! Querría engañarme conmigo mismo.

MARQ. ¡Gracias á Dios que al fin se conocieron!

JORGE. Pues ya que se habla de novios y de bodas, anuncio á ustedes la mía con Clara...

ALF. ¿Para cuándo?

JORGE. Lo más pronto posible.

BAR. ¡Qué felicidad! ¡Dos bodas!

ALF. Las celebraremos juntas!

BAR. No, juntas, no. Eso quita un baile. Dejen ustedes por medio un dia siquiera.

MARQ. ¡Magnífico! Será preciso que mi marido sepa todo esto. Ya se lo contaré cuando me lo encuentre.

ALF. Y ahora, hijos mios, sólo falta que seamos muy dichosos, que tengamos numerosa prole... y que vivamos cien años.

MARQ. De ese modo está uno bien seguro de ser fin de siglo. ¡Ah!...

TODOS. ¿Qué?

MARQ. ¿Qué iba yo á hacer? ¡No recuerdo!...

ALF. ¿Era algo importaute?

MARQ. ¡Importantísimo! ¡Ah, sí! ¡Ya caigo! (Al público.) Mi última cuestación. Un aplauso para los autores impenitentes.

OBRAS DE PINA DOMINGUEZ

¡No me siga usted! Comedia original en un acto.
El viejo Telémaco. Zarzuela original en dos actos.
Sensitiva. Zarzuela original en dos actos.
El violinista. Zarzuela en un acto.
¡Adios mi dinero!. Zarzuela en un acto.
La vida en un tris. Zarzuela en un acto.
Las multas de Timoteo. Comedia en un acto.
Descarga de artilleria. Comedia original en un acto.
Por huir del vecino. Juguete cómico original en un acto.
Pirlimpimpin 1.° Zarzuela bufo-fantástica en dos actos.
Lola. Zarzuela en dos actos.
Se dan casos. Zarzuela original en un acto.
Un nuevo Quintiliano. Comedia original en un acto.
La copa de plata. Zarzuela en dos actos.
Lo sé todo. Juguete cómico en dos actos.
Fausto. Parodia en dos actos (de la óp.)
La casa de locos. Zarzuela original en un acto.
Dar en el blanco. Comedia original en tres actos.
Me es igual. Juguete cómico original en un acto.
El forastero. Juguete cómico original en tres actos.
El fogon y el ministerio. Juguete cómico en un acto.
¡Valiente amigo! Juguete en dos actos.
La ley del mundo. Comedia en tres actos.
Las cerezas. Juguete cómico original en tres actos.
Compuesto y sin novia. Zarzuela cómica en tres actos.
Arda Troya. Juguete cómico original en tres actos.
La dulce alianza. Juguete cómico en tres actos.
La gacetilla del año. Revista original en un acto.
Los dominós blancos. Comedia en tres actos.
El año sin juicio. Revista original.
Cambiar de colores. Comedia en un acto.
El doctor Ox. Zarzuela en tres actos y seis cuadros
Los Madriles. Zarzuela original en dos actos.
Amapola. Zarzuela cómica en tres actos.

El Chiquitín de la casa. Comedia on tres actos.
El empresario de Valdemorillo. Zarzuela original on dos actos. (Segunda parte de los Madriles.)
El diablo cojuelo. Revista original en tres actos.
Esto, lo otro y lo de más allá. Revista original en un acto.
El dinero en la mano. Comedia en dos actos.
El caballo blanco. Juguete cómico en dos actos.
Historias y cuentos. Zarzuela original en dos actos.
Las dos princesas. Zarzuela en tres actos.
Dimes y diretes. Juguete cómico en un acto.
El pañuelo de yerbas. Zarzuela cómica en dos actos.
Ódieme usted, caballero! Juguete cómico en dos actos.
Dos huérfanas. Zarzuela en tres actos, siete cuadros.
¡¡Ya somos tres!! Juguete cómico-lírico original en un acto.
¡A sangre y fuego! Juguete cómico-lírico en un acto.
El corregidor de Almagro. Zarzuela cómica en tres actos.
¡Aquí, Leon! Juguete cómico-lírico en un acto.
El espejo. Comedia original en tres actos.
Armas al hombro. Juguete cómico-lírico en un acto.
¡Eh! ¡á la plaza! Revista original en un acto.
Libre y sin costas. Juguete cómico en un acto.
Las tres jaquecas. Comedia en tres actos.
Viaje á Suiza. Veraneo cómico-lírico en tres actos.
El pais de las gangas. Revista original en un acto.
Las mil y una noches. Cuento fantástico orignal en tres actos.
Curarse en salud. Proverbio en dos actos.
La misa del gallo. Apropósito cómico-lírico original en un acto.
Ellos y nosotros. Cuadro cómico-lírico original en un acto.
Madrid-Zaragoza-Alicante. Juguete cómico en un acto.
La taberna. Melodrama en tres actos.
La cola del gato. Comedia de mágia en tres actos.
Para casa de los padres. Juguete cómico-lirico en un acto
Vestirse de largo. Juguete original en un acto.
La ducha. Juguete cómico original en tres actos.
La feria de san Lorenzo. Zarzuela cómica en tres actos.
Agua y cuernos. Apropósito on un acto original.
El milagro de la Vírgen. Zarzuela original en tres actos.
Los Fusileros. Zarzuela en tres actos.
La Diva. Zarzuela en un acto y dos cuadros.

NINICHE. Opereta cómica en dos actos.
¡MÚSICA! ¡MÚSICA! Opereta en un acto.
CASTILLOS EN EL AIRE. Zarzuela en dos actos.
LA VIDA MADRILEÑA. Zarzuela en un acto y dos cuadros.
JUEGOS ICARIOS. Zarzuela cómica en un acto.
Á CASA CON MI PAPÁ. Comedia en tres actos.
EL TEATRO NUEVO. Pasillo en un acto.
LA FIESTA DE LA GRAN VÍA. Revista cómica-lírica-original.
YO Y MI MAMÁ. Apropósito en un acto.
TIPLE EN PUERTA. Juguete cómico-lírico en un acto.
20 CÉNTIMOS. Juguete cómico en tres actos.
AGUAS AZOTADAS. Juguete cómico-lírico en un acto.
MAM'ZELLE NITOUCHE. Zarzuela en dos actos.
ODETTE. Drama en tres actos..
EXPOSICION UNIVERSAL. Revista original en un acto.
¡MI MISMA CARA! Juguete cómico original en un acto.
UN CRIMEN MISTERIOSO. Juguete cómico en un acto.
20 CÉNTIMOS. Juguete cómico en dos actos y tres cuadros.
LA DUCHA. Refundida en dos actos.
EL COCODRILO. Zarzuela en dos actos.
SIN EMBARGO. Juguete cómico original en un acto.
¿QUIÉN SE CASA? Juguete cómico en dos actos
CRECED Y MULTIPLICÁOS. Juguete cómico en tres actos y en prosa.
LOS TRES SOMBREROS. Juguete cómico en un acto.
¡MIL DUROS Y MI MUJER! Juguete cómico original en un acto y en prosa.
EL CRIMEN DE LA CALLE DE LEGANITOS. Comedia en dos actos.
LOS BOMBONES. Juguete cómico en tres actos y en prosa.
PARIS, FIN DE SIGLO. Comedia en cuatro actos.
LOS COHETES. Juguete en un acto y en prosa.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.

JOSE DEL PINO JIMENEZ y RAMON LOPEZ FALCON

EL ÚNICO QUERER
o
A LO QUE OBLIGAN LOS CELOS

SAINETE

en un acto y en prosa, original

117

Archivo Teatral
MILLÁ
San Pablo 21-BARCELONA

Copyright, by J. del Pino Jiménez y R. López Falcón, 1917

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1917

3 0112 115867068